

INTERPRETACIONES CULTURALES DEL CALCOLITICO DEL SURESTE ESPAÑOL. ESTUDIO DE SUS BASES TEORICAS

ALMUDENA HERNANDO GONZALO*

RESUMEN En este trabajo se presenta una historia de la investigación del Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica y el estado actual de la cuestión. Para ello se acude a las bases sobre las que se han asentado a lo largo de nuestro siglo los distintos modelos interpretativos de la compleja realidad social de esta área geográfica durante la Prehistoria Reciente. Se plantea la discusión teórica como medio de avance en el conocimiento del cambio cultural, ya que la investigación prehistórica debe estar enmarcada por unos principios teóricos generales. Esta discusión se plantea entre las distintas concepciones de la cultura (idealistas, integradas y radicales), presentes en los estudios del Calcolítico del Sureste español.

Palabras clave: Sureste, Calcolítico, Cambio cultural.

ABSTRACT In this paper, a history of research into the southeast Iberian Peninsula Chalcolithic is presented. Different interpretative models of complex social reality during Prehistory in this geographical area have been established. The bases on which these have been formed were referred to. Theoretical discussion is posed as a means of improving knowledge of cultural change, since all prehistoric research must fall into a framework of general theoretical principles. Discussion is raised between the different concepts of culture —idealist, integrated, radical— found in Chalcolithic studies in southeast Spain.

Key words: Southeast, Chalcolithic, Cultural Change.

INTRODUCCION

La Historia de la Investigación del Calcolítico del Sureste español demuestra dos hechos aparentemente contradictorios: la atención constante que ha merecido durante todo este siglo, y sin embargo, el desproporcionadamente lento ritmo de avance de la misma, con el consiguiente escaso nivel actual de conocimientos.

Esta paradoja es sencilla de explicar: la teoría determina la práctica de la investigación,

* Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. Madrid.

Este artículo se basa en el resumen de uno de los capítulos de la tesis doctoral de la autora (Hernando, 1987), leída en el mes de junio de 1987 en la Universidad Complutense de Madrid, bajo la dirección del Dr. Fernández-Miranda.

y en España únicamente se ha comenzado a prestar atención a la primera en los últimos años. Inconscientes de que la teoría existe siempre, los prehistoriadores de nuestro país han evitado su discusión, de forma que las bases subyacentes a sus trabajos se han mantenido invariables. Se limitaba así la renovación de la disciplina, y el acceso a nuevas parcelas de conocimiento.

Pienso, por tanto, que para explicar la Historia de la Investigación del Calcolítico del Sureste y el estado actual de la cuestión, se hace imprescindible acudir a las bases sobre las que se ha asentado a lo largo de nuestro siglo. Sólo de esta manera, se comprenderá el carácter específico de sus resultados. La generalización de la discusión teórica es el único medio de avanzar en el conocimiento del importantísimo proceso de cambio cultural que tuvo lugar en el Sureste español durante el período que denominamos Calcolítico.

Para alcanzar ese objetivo, creo conveniente iniciar este trabajo con unas breves referencias a los principios teóricos más generales que deben servir de marco a la investigación prehistórica si se pretende convertirla en una actividad científica.

LA PREHISTORIA COMO CIENCIA

Desde mi punto de vista, la primera premisa que debe aceptar y asumir cualquier investigador que pretenda realizar una labor científica es que la ciencia no es sino una forma más de conocimiento, caracterizada esencialmente porque las proposiciones que la integran son explícitas y refutables, esto es, susceptibles de crítica. Los fundamentos de la investigación, la metodología de trabajo, los datos a utilizar, etc., deben ser articulados como objetos de reflexión consciente, de manera que los presupuestos sobre los que se investiga dejen de ser tácitos y puedan ellos mismos estar sujetos a la crítica (Vicent, 1985a; Wartofsky, 1978:94).

Al encontrarnos frente al inicio del desarrollo de una labor de investigación en un área concreta de conocimiento, como es la Prehistoria, se nos hace patente la ausencia de solidez y consistencia interna que ha mantenido esta disciplina a lo largo de su evolución en nuestro país. Admitiendo que son tres los factores fundamentales que determinan la evolución del pensamiento prehistórico: el número y calidad del registro, la posición general de la metodología de la ciencia y de la teoría antropológica y la ideología prevalente (Neustupny, 1971:34-35), se evidencia la atención prestada únicamente al primero de ellos. La discusión teórica ha sido identificada, por regla general, con la especulación, y en consecuencia se ha rechazado expresamente su necesidad e incluso su ineludible presencia. Se ha depositado una ciega confianza en la objetividad de la información, construyendo como resultado un amplio cuerpo de especulaciones, basadas en hipótesis infundadas y con una alarmante carga de subjetividad. Es cierto, como bien recuerda Neustupny (1971:37), que para describir hallazgos arqueológicos se puede acudir a infinidad de atributos, propiedades y estructuras. Pero el investigador selecciona sólo algunos de ellos, de acuerdo con determinados criterios que le vienen dados por su previo conocimiento del tema. Pero entonces se reconoce el hecho de que "antes del estudio de hallazgos, ya se sabe algo sobre ellos, lo que aparentemente es ilógico (...). Aquellos que se dan cuenta de esto, pueden auto-protegerse de "saber" demasiado anticipándose a sus registros. Aquellos que rechazan la idea y persisten en la fa-

lacia de la “total objetividad”, construyen una suma incontrolable de subjetividad en los fundamentos básicos de sus teorías”.

Parece aconsejable admitir que nuestra mente está cargada de asunciones, ideas y prejuicios al iniciar un trabajo de investigación (Ehrich, 1961:607), que siempre existe un marco teórico que determina el estudio. Solamente si se acepta tal hecho, y se explicita dicho marco, podrá alcanzarse una coherencia entre presupuestos, métodos y objetivos.

Al utilizar un lenguaje científico, nos situamos en niveles conceptuales más complejos que los puramente empíricos —el que los “claros y sencillos hechos de la observación” reciban su carácter de “hechos”, supone ya su inclusión dentro de un determinado marco teórico—, por lo que al referirnos particularmente a la Prehistoria, se ha de ser conscientes del tipo de conceptos con el que se trabaja. Una primera distinción que sería por ello fundamental es la no siempre establecida diferencia entre resto material arqueológico y dato arqueológico. Ambos conceptos no se identifican, sino que los restos materiales, como indica Sullivan (1978:189), “son fenómenos que los arqueólogos manipulan para generar datos. Es más, los restos materiales existen independientemente de cualquier tipo de actividad arqueológica, mientras que los datos arqueológicos, no”. Debe asumirse también que el prehistoriador se vale del registro arqueológico para conocer el pasado. Y que, sin embargo, el registro arqueológico es un fenómeno contemporáneo —a pesar de que su formación resida en el pasado—, y las observaciones sobre este material, se hacen desde el presente. La única manera de salvar el puente entre el presente y el pasado que intentamos conocer a través de los datos arqueológicos, es la inferencia (Sullivan, 1978:185).

Espero que se vaya haciendo evidente la ausencia de cualquier tipo de linealidad en la “lectura” de los datos arqueológicos, y la complejidad que cualquier tipo de investigación científica reviste —tanto más la Prehistoria, cuya referente real ha desaparecido—. Hasta que no se llegue a la exposición explícita de los presupuestos teóricos que la guían, apenas habrá avanzado en su desarrollo esta disciplina, que seguirá mostrando las mismas características que la han definido en los últimos treinta años (Alcina, 1975:68-69): 1) carencia teórica casi absoluta; 2) carencia de programa; 3) nivel descriptivo o “arqueográfico” generalizado; 4) nivel interpretativo exclusivamente historicista; 5) déficit en el estudio del componente ambiental; y 6) ausencia de estudios interdisciplinarios o multidisciplinares. Desgraciadamente, parece que Isaac (1971:125) pensara en la situación de la Prehistoria española cuando escribía: “En un nivel empírico, los artefactos y los datos de campo han sido generalmente descritos y clasificados de diversas maneras indicadas por la experiencia, la intuición o la conveniencia. En un nivel interpretativo, las inferencias relativas a las culturas, evolución, migración y difusión son tratadas como realidades demostradas por este material. En la mayoría de los escritos arqueológicos el proceso de derivar el nivel interpretativo a partir del nivel empírico es tácitamente tratado, como si fuera auto-evidente o un asunto de sentido común”.

PREHISTORIA Y ARQUEOLOGIA

A lo largo de este artículo se seguirán las definiciones que de ambas disciplinas dió J. Vicent (1985a). Esto es: se considera que el objetivo de la Prehistoria es el estudio de la cul-

tura en el sentido más amplio y global del término, es decir, en términos antropológicos. Como tal, su fin es la comprensión de la totalidad de comportamiento de un grupo humano —materiales, económicos, sociales, ideológicos, etcétera—. En consecuencia, se identifica a la Prehistoria como una disciplina perteneciente al cuerpo de la Antropología Cultural, diferenciándose de ella en el período concreto en que centra su estudio.

La Arqueología, sin embargo, está orientada al estudio formal y funcional de los restos de cultura material, entendiéndolo como tal, el conjunto de objetos de todo tipo que demuestran la presencia humana en un yacimiento. Al permitir la comprobación o refutación de las hipótesis desarrolladas por el prehistoriador, es imprescindible para la reconstrucción del pasado.

CONCEPCIONES IDEALISTAS Y CONCEPCIONES INTEGRADAS DE LA CULTURA: OPOSICION PARTICULARISMO HISTORICO/EVOLUCIONISMO

Dado que las generalizaciones sobre el cambio socio-cultural que integran la Prehistoria están contenidas en la teoría antropológica (Vicent, 1988:15), se hace necesario conocer los modelos teóricos que han dirigido la investigación de la Antropología para comprender las conceptualizaciones culturales que se han venido haciendo en la Prehistoria y, en concreto, las referentes a las poblaciones calcolíticas del Sureste peninsular.

Todo el desarrollo de la teoría antropológica viene expresado por la adopción y aplicación de uno de los dos siguientes conceptos de “cultura” (Vicent, 1985b):

- 1) Aquel que entiende que la realidad cultural es un fenómeno externo al individuo, constituyendo una realidad autónoma e independiente sujeta a sus propias leyes y estados de evolución. De él derivó toda la tradición positivista y evolucionista del siglo XIX.
- 2) Aquel que considera que la cultura es un producto consciente de la mente del individuo y que, por tanto, es objeto de regulación humana. Las únicas leyes que pueden determinar su evolución son, en consecuencia, leyes psicológicas. Tal es la idea mantenida desde la tradición humanística de los filósofos griegos hasta el racionalismo del siglo XVIII.

El primero da lugar a las concepciones “integradas” —modelos funcionalistas, materialistas, etc.—, y el segundo a las “idealistas” de la cultura.

1. Las concepciones “integradas” de la cultura

Evidentemente, y dado el concepto de cultura que informa a las concepciones “integradas”, sus defensores aceptan la existencia de determinantes superorgánicos, de leyes generales que explican el devenir histórico, el proceso cultural. Conciben la cultura como una totalidad integrada, en la que todos los rasgos están jerarquizados, todos los componentes interrelacionados; su transformación afecta a todo el sistema en cuanto tal, y no sólo a alguna de sus partes individualizadas.

La asunción de la existencia de regularidades en los procesos de evolución cultural con-

ducirá, lógicamente, a la adopción de estrategias nomotéticas de estudio. Esas pueden ser materialistas, funcionalistas, etc...

2. Las concepciones “idealistas” de la cultura

Se fundamenta en tres principios básicos; “idealismo”, “normativismo” y “particularismo histórico” o “historicismo” (Vicent, 1985b:118). La cultura es un fenómeno mental, integrado por ideas y normas que la sociedad comparte, por lo que no existen leyes generales que expliquen la Historia, a no ser leyes psicológicas, imposibles de estudiar en el caso de la Prehistoria. Cada configuración cultural concreta es resultado de circunstancias particulares: “historicismo”. La información se obtiene a través de la objetivación de las ideas normativas —“normativismo”— y la única forma de explicar semejanzas culturales es la transmisión ideacional —“difusionismo”— (v. Hernando, 1987b:172-173).

El “evolucionismo clásico” es el primer modelo teórico que defiende una concepción “integrada” de la cultura. Me interesa detenerme en esta cuestión, puesto que en España se ha venido calificando de “evolucionistas” a investigadores cuya perspectiva teórica en absoluto responde a esta tendencia.

El concepto “evolución” fue utilizado por primera vez por Spencer —y copiado después por Darwin— en 1857 (Harris, 1985:110). El principio básico del modelo creado alrededor de tal concepto era que “la evolución biológica y la evolución cultural está(n) íntimamente relacionadas” (*Ibidem*:112) Así, para Spencer los factores hereditarios son los elementos causales en la explicación de las diferencias de conducta de las poblaciones humanas. Para él, las transformaciones de un sistema cultural podrían venir dadas por factores “originalmente extrínsecos” u “originalmente intrínsecos” —rasgos físicos, emocionales e intelectuales propios de un grupo dado— (*Ibidem*). Esta concepción, favorecida por el colonialismo de las sociedades de la época, cargó de connotaciones “racistas” la teoría evolucionista. De esta manera, la ecuación raza-cultura entra a formar parte de las proposiciones explicativas del diferente grado evolutivo de los grupos humanos. El llamado “darwinismo social” dió lugar al determinismo racial, y en resumen, al reduccionismo biológico (*Ibidem*:185). Se trata de una clara manifestación de materialismo filosófico, sustentada sin embargo, en principios “idealistas”: lo que interesaba demostrar a los evolucionistas era la “unidad psíquica” de todos los grupos humanos. Ello conduce directamente a la cuestión de la oposición invención independiente/difusión, que en Prehistoria se ha generalizado como evolucionismo/difusionismo.

Los evolucionistas decimonónicos, en contra de lo que repetidas veces se les ha atribuido, no consideraban real tal oposición. Para llegar a demostrar “que estadios similares de cultura se habían sucedido unos a otros de un modo en lo esencial uniforme” (la “unidad psíquica”) no era necesaria la distinción entre rasgos inventados y difundidos. Lo único importante era constatar la monótona similitud de instituciones a que se había llegado en la Historia, lo que probaba la uniformidad evolutiva de los grupos humanos. Pero ninguno de ellos se empeñó nunca, como no se empeñan ahora los modelos basados en la misma concepción, en demostrar que las semejanzas entre dos rasgos culturales dados fuera antes producto de la invención independiente que de la difusión. Esta era una cuestión del todo irre-

levante (*Ibidem*: 150-151). Por otra parte, el “método comparativo” —paralelización de poblaciones primitivas actuales con los estadios evolutivos anteriores a los ya alcanzados por los pueblos “avanzados”— fue utilizado como estrategia metodológica fundamental por los evolucionistas. Como reacción al uso y abuso que de dicho método se hizo, y contra la tendencia generalizadora de los evolucionistas, surge el particularismo histórico, encabezado por Franz Boas, y sustentado, como veíamos, en concepciones “idealistas”.

Por tanto, los términos de la disyuntiva deben establecerse entre particularismo histórico y evolucionismo, y no entre difusionismo y evolucionismo, como se ha pretendido erróneamente en muchas ocasiones.

Coincidiendo cronológicamente con el auge del modelo “evolucionista” en la investigación antropológica, Thomsem desarrolla en Prehistoria el famoso “Sistema de las Tres Edades”, concebido en principio, como se sabe, con un simple instrumento clasificatorio de una colección de antigüedades que dividía el continuo histórico en tres grandes fases materiales. Ahora bien, la convergencia del tipo de progreso que uno y otro sostenían, condujo a la adopción del sistema de generalizaciones de Thomsem por parte de los antropólogos evolucionistas, de manera que el objetivo fundamental de la Prehistoria pasa a ser la interpretación del significado de tales períodos y la explicación del paso de unos a otros (Vicent, 1988:17).

Sin embargo, a finales del siglo XIX se produce una serie de transformaciones en el desarrollo de nuestra disciplina. Las causas fundamentales son tres (Vicent, 1985b:133):

1) Aparición de la corriente historicista, opuesta al modelo evolucionista, por las causas apuntadas; 2) consolidación de la escuela antropológica alemana de los “círculos culturales”, por su efectividad en la resolución de los problemas que entonces se planteaban en Prehistoria; y 3) consolidación de las implicaciones difusionistas de las teorías de los “círculos culturales” en la explicación del cambio cultural. Se asiste así al surgimiento de una serie de teorías que, dentro todas del particularismo histórico, encuentran su lazo y base de unión en el rechazo boasiano a la perspectiva nomotética y en la adopción de la interpretación normativista de la cultura.

Me interesa destacar “la escuela histórico-cultural alemana” y las teorías difusionistas por la influencia que han tenido en el panorama de la investigación prehistórica española.

LAS CONCEPCIONES ANTROPOLOGICO-CULTURALES PRESENTES EN LOS ESTUDIOS SOBRE EL CALCOLITICO DEL SURESTE ESPAÑOL

1. CONCEPCION IDEALISTA

1.1. P. Bosch Gimpera (la escuela histórico-cultural alemana) y los Leisner

En los nuevos planteamientos historicistas, el esquema evolucionista de “estadios” como sistematización del desarrollo cultural, es sustituido por el de “áreas” o “círculos culturales” (“Kreis”) (*Ibidem*).

El concepto de “área cultural” surge como elemento metodológico en la clasificación y representación cartográfica de los grupos tribales americanos (Harris, 1985:323). Su utiliza-

ción para esos fines era así simple y aceptable. Ahora bien, posteriormente se comenzaron a derivar implicaciones culturales de tales agrupaciones geográficas, en el sentido de atribuir a la distancia espacial un valor explicativo en las semejanzas y diferencias culturales. Según Harris (*Ibidem*:331), F. Ratzel estableció las bases del método difusionista, al insistir en que “en cada caso particular, antes de atribuir las semejanzas interculturales a invención independiente, era preciso probar que no podían deberse a migraciones o a otros fenómenos de contacto”. De este modo, la convergencia, y por tanto la sucesión de “estadios” de los evolucionistas podía ser explicada por difusión (Vicent, 1985b:135).

A su vez, los criterios metodológicos de “forma y cantidad” fijados primero por Graebner y posteriormente por el P. Schmidt (Harris, 1985:332), llevan a que las semejanzas y diferencias culturales pasen a ser explicadas por contactos entre las áreas culturales. En consecuencia, mientras que para los evolucionistas la cuestión de la difusión era irrelevante para la explicación cultural, para los particularistas históricos pasaba a constituir el agente causal fundamental de devenir histórico. Precisamente, la diferencia fundamental entre los evolucionistas clásicos y los defensores del método histórico-cultural residía, según Harris (*Ibidem*:335-336), en que para los segundos la secuencia básica de desarrollo histórico sólo se había producido una vez, mientras que los primeros sostenían su carácter simultáneo en las diversas zonas. Además, por otra parte, la escuela histórico-cultural se basó tanto en el método comparativo como los anteriores evolucionistas, ya que ambos intentaban conocer a través del estudio de las culturas actuales sus orígenes y sucesivas modificaciones. Ya que para la escuela histórico-cultural alemana la Historia del mundo podía entenderse como la difusión de las áreas culturales a partir de las regiones donde se habían originado y evolucionado (*Ibidem*:333), todas las culturas contemporáneas serían susceptibles de ordenarse según su primitividad, hasta alcanzar el Kreis originario (*Ibidem*:336).

Muchos arqueólogos europeos, como Kossina, pretendieron reconstruir el registro arqueológico en términos históricos con el mismo esquema, identificando a las comunidades étnicas que habían dado lugar a cada área cultural. De esta forma, la Prehistoria fija su atención en cuestiones tales como secuencias cronológicas, lugares de origen, caminos de difusión. Así, la Arqueología pasa a formar el núcleo casi único de los estudios prehistóricos, y la clasificación tipológica, junto al interés por la caracterización cronológica de los materiales, el principal foco de atención. Serán los materiales los que “demuestren” la expansión. En consecuencia, sería absurdo utilizar leyes de cultura para explicar el registro arqueológico, cuando es el propio registro el que explica la Historia (Vicent, 1985b:136).

Evidentemente, la Historia de la Investigación de cualquier disciplina no puede concebirse aisladamente del contexto socio-político en que se desarrolla. Debe tenerse en cuenta a este respecto, que Kossina realiza sus estudios en un momento en que el nacionalismo alemán, en auge, buscaba una fundamentación científica en la arqueología (1).

En este clima cultural se forma intelectualmente Bosch Gimpera, discípulo en Alemania del P. Schmidt, de quien recibe clases sobre las culturas de Creta y el Egeo (Muñoz.

(1) Kossina intentaba demostrar que “una raza nórdica pura, con un ancestral lenguaje ario, se había establecido en las regiones occidentales del Báltico tan pronto como éstas emergieron de la Edad del Hielo, y que al final del Paleolítico se extendieron y ocuparon todo el Mundo Antiguo con su fundamental aporte de civilización y progreso” (Hawkes, 1942:126).

1986a:5). Influido, por tanto, directamente por la escuela histórico-cultural, pretende trasladar el mismo espíritu “nacionalista” alemán al estudio de la Prehistoria española. Como bien señala A. Gilman (1988:47-48), en el prólogo a los artículos sobre Prehistoria del primer volumen de la Historia de España, dirigida por R. Menéndez Pidal, queda perfectamente patente este afán, común a los historiadores de la época: “puede parecer extraño prologar una serie de artículos sobre el desarrollo estilístico y las afinidades de los restos, ruinas y enterramientos que dejaron los habitantes prehistóricos de España con una descripción de los rasgos fundamentales del carácter nacional español (“sobriedad”, “idealismo”, “individualismo”, etc.). Sin embargo, tal asociación concuerda perfectamente con el enfoque de causalidad histórica que ha dominado los estudios de la prehistoria y la historia española hasta muy recientemente. Una historia verdadera sería la historia del espíritu humano, la historia cuyas continuidades y cambios reflejaran la supervivencia de viejas ideas y actitudes y la llegada de nuevos modos de pensar”. El “nacionalismo” está en auge, y dentro de él, la Prehistoria tiene un importante papel que cumplir. C.F.C. Hawkes (1942:125) explicita, a mi juicio, lo que el autor español y sus coetáneos estiman como objetivo principal de la disciplina: “reconocer culturas, o grupos culturalmente homogéneos, definiéndolos en el tiempo, espacio y en su carácter. Su registro arqueológico se convierte así en una extensión de la Historia, (...) porque la diferenciación de grupo expresada en la cultura material tiene un significado que trasciende al puramente material”.

Quizás por ese “nacionalismo” matizado se ha venido considerando tradicionalmente a Bosch Gimpera como un “evolucionista”, pero un estudio mínimamente detallado de sus obras demuestra lo erróneo de tal apreciación. Este destacado y prolífico autor constituye un caso paradigmático entre los investigadores difusionistas (2), inmerso intelectualmente en el particularismo histórico de la escuela “histórico cultural” alemana. La única diferencia que lo separa —si es que existe, cuestión no muy clara como luego veremos— de los tradicionalmente considerados “difusionistas”, es el lugar de origen de las innovaciones que él cree difundidas. Aquellos lo sitúan en el Mediterráneo Oriental y éste en el Occidente Mediterráneo. Pero la oposición “orientalistas/occidentalistas” resulta intrascendente ante la similitud del resto de los planteamientos.

P. Bosch Gimpera refleja perfectamente la mentalidad de los creadores de “los círculos culturales”, utilizando incluso en ocasiones ese término para exponer los mecanismos evolutivos de la Prehistoria peninsular. Las modificaciones relativas a problemas cronológicos e interpretaciones culturales puntuales (v. Martínez, 1985a:383-403) introducidas a lo largo de su extensa actividad investigadora, no afectarán a su posición teórica.

Bosch explica las semejanzas culturales como resultado bien de un sustrato étnico común o bien de intensas relaciones comerciales. En sus argumentaciones no cabe la convergencia cultural propia de los evolucionistas. Es más, en relación al sustrato étnico, Bosch demuestra una cierta ambigüedad en su valoración del factor social. El propio autor niega la equivalencia entre raza y cultura al señalar que “para evitar malas inteligencias, conviene insistir en que, *al identificar culturas con grupos étnicos*, nos referimos a pueblos en el sentido histórico de la palabra y *nos guardaríamos de pretender* que se trata de pueblos *en sentido an-*

(2) Ya fue considerado así por A. M.^a Muñoz (1986a:5).

tropológico" (Bosch, 1922:4) (3). La raza, por tanto, sería una variable que puede ayudar a concretar el carácter de la cultura, su origen geográfico, su expansión territorial; pero no provoca la aparición de un rasgo cultural concreto, que podría producirse en otra cultura. Según la explicación de sus principios, la raza sólo tendría un valor probatorio de la difusión: "siempre que se observe la coincidencia de los distintos factores (fisonomía propia de una cultura, no reducida a tipos aislados, extensión de toda ella en masa o en una variedad bien definida por un territorio bien delimitado y coincidencia de estos datos en un mismo tiempo) habrá motivos justificados para hablar de *pueblos*. Si a ello se agrega la concordancia de los datos antropológicos que acusen una misma raza o una misma mezcla, recibirá dicho resultado una *vigorosa comprobación*" (*Ibidem*:5-6).

Ahora bien, al tratar el tema de los círculos culturales desarrollados en la Península Ibérica señala, por ejemplo, que la Cultura de las Cuevas o la de los Megalitos Portugueses presentarán unas ciertas características comunes, obligada circunstancia dado su origen étnico común (*Ibidem*:24-25), mientras que la Cultura de Almería, protagonizada por otro grupo racial, se diferenciará notablemente de ellas (*Ibidem*:26). Por otra parte, frente a sus declaraciones, la descripción de rasgos físicos que de los componentes de cada una de esas culturas hace Bosch —dolicocefalo el tipo bereber-sahariano de la Cultura de Almería y mezcla de dolicocefalo y braquicefalo para el tipo capsense de la Cultura de las Cuevas y de los Megalitos Portugueses— (*Idem*, 1944:73-74), parece indicar una cierta relación causal entre raza y cultura.

Este es un punto delicado en el análisis del trabajo de Bosch Gimpera, por lo que desearía no dar lugar a falsas interpretaciones. No considero que Bosch sea un "racista" con la carga segregacionista o discriminatoria que tal término implica. No es un "racista" como Kossina o los alemanes coetáneos. No cree que las diferencias raciales impliquen diferencias en las capacidades intelectuales de los individuos. El interés que demuestra en la aclaración de sus presupuestos al respecto, avala de sobra tal apreciación. Pero creo que el ambiente socio-político-cultural en que se forma le lleva inconscientemente a otorgar al factor racial cierto peso en las explicaciones culturales: nunca lo maneja como determinante mecanicista —la Cultura de las Cuevas y la de los Megalitos Portugueses presentan muchas semejanzas por su origen racial similar, pero evolucionan de modos distintos, de la misma forma que distinta es la trayectoria de las culturas africanas derivadas también de los capsenses de la que proceden ambas—, pero sí lo valora como parte de las razones que pueden explicar las semejanzas culturales; de ahí su ambigüedad.

Por otro lado, como decía al principio, el "evolucionismo" de Bosch como modelo de explicación del proceso de formación de las diferentes culturas que protagonizan la Prehistoria española no es tal. Tres de los cuatro "círculos culturales" neolíticos (los de la Cultura de las Cuevas, la Megalítica Portuguesa y la de Almería) se identifican con la llegada de pueblos africanos (capsenses para las dos primeras y saharienses para el tercero). En periodos posteriores, la llegada de los pueblos celtas y tartesios explicará a su vez las transformaciones culturales que tienen lugar en nuestro suelo (*Idem*, 1922:117-118). Una vez aquí, co-

(3) Mientras no se precise lo contrario, todos los énfasis del texto son míos.

menzarán a evolucionar y a extenderse según el modelo expansionista de la escuela histórico-cultural.

El particularismo histórico —inevitablemente difusionista— y no el evolucionismo, es pues, la base teórica de toda la argumentación de Bosch. Esta puede incluso calificarse de “invasionista”, dada su concepción de la aparición y posterior trayectoria de desarrollo de las culturas peninsulares. Veamos este último punto. Para ello, fijaré un momento la atención en el estudio de las culturas de las Cuevas y de Almería, por ser las desarrolladas en el Sureste, refiriéndome cuando sea necesario a la de los Megalitos Portugueses por las relaciones que mantiene en determinados momentos con esas dos.

a) *La Cultura de las Cuevas*

Es propia, tanto en Africa como en España, de los pueblos que conservaban la tradición capsense o en los que ésta influyó (*Idem*, 1954:143): la identidad étnica implica la identidad de culturas. Los pueblos capsenses, que habrían pasado de Africa a la Península Ibérica durante el Paleolítico Superior, habrían desarrollado en la última, durante el Neolítico (*Idem*, 1922:115-116), dos culturas paralelas y de larga duración (*Idem*, 1966:36): la de las Cuevas y la de los Megalitos Portugueses. La primera constituiría un “aspecto” del Neolítico circunmediterráneo, que se hallaría arraigado en la Península Ibérica en el V milenio, como demuestran las fechas de C-14 de la Cueva de l’Or (Valencia) (*Ibidem; Idem*, 1969:49). El origen de la segunda debe buscarse en “la extensión del pueblo derivado del capsense (...) desde las vecindades de la cordillera ibérica hacia Portugal por la cuenca del Duero y Extremadura” (*Idem*, 1922:28); el pueblo así “extendido”, “formó la cultura de los megalitos, que en seguida adquirió una personalidad muy marcada y distinta de la cultura de la parte de dicho pueblo que se quedó en España” (*Ibidem*). La similitud de determinados elementos arqueológicos en ambas zonas, particularmente el arte rupestre seminaturalista (*Idem*, 1966:36), le sugiere a Bosch este complejo proceso.

Por otro lado, el autor propuso que la cerámica del vaso campaniforme habría surgido como evolución, en su última etapa, de la Cultura de las Cuevas. Su origen estaría en el valle del Guadalquivir, desde donde se habría extendido inmediatamente a las regiones centrales y desde allí a toda la zona que abarca la cultura de las Cuevas y a las culturas periféricas, como la de los Megalitos Portugueses, la de Almería y la Pirenaica (*Idem*, 1954:149-150). Sin embargo, en su última publicación plantea, frente al seguro origen único anterior, que “probablemente el lugar de formación de la cerámica del vaso campaniforme fue principalmente el valle del Guadalquivir, aunque al mismo tiempo aparece en la Meseta inferior, en el valle del Tajo (provincia de Toledo), con sus afluentes de la provincia de Madrid, así como en otros lugares del centro de España(...) (provincias de Segovia, Zamora y Soria)” (*Idem*, 1975:203-204). En cualquier caso, su aparición representa “el apogeo de la cultura neolítica y un período muy largo de relaciones comerciales y de desarrollo de la metalurgia” (*Idem*, 1944:67).

Efectivamente, además de las relaciones con la Cultura de Almería que más tarde veremos, “pronto se establecen contactos —probablemente debidos a las relaciones comerciales— de la Cultura del vaso campaniforme con la megalítica portuguesa desarro-

llada en Portugal” (*Idem*, 1966:37). Es el momento en el que “la cultura occidental avanza, ocupando Extremadura con las provincias de Salamanca y de Huelva. Una influencia mutua lleva a Portugal el vaso campaniforme desde Andalucía, mientras de Portugal va la arquitectura megalítica a Andalucía”. Bosch vuelve a interpretar estas mutuas influencias como resultado de “movimientos de los pueblos respectivos” (*Idem*, 1922:33).

P. Bosch Gimpera (1954:151) señala que el final de la Cultura de las Cuevas es “todavía mal conocido”. Tras el período del vaso campaniforme y las intensas relaciones del Eneolítico, “parece desaparecer” de la mayor parte de la Península Ibérica, sobreviviendo sólo en zonas aisladas y volviendo a renacer posteriormente en grupos catalanes de la 1ª Edad del Hierro y “en la cultura ibérica del Bajo Aragón y de Cataluña”.

b) *La Cultura de Almería*

Representa, a su juicio, “una intrusión forastera en el neolítico debida a una verdadera infiltración de elementos de población africanos procedentes de la cultura sahariense entre los elementos indígenas de las cuevas y el elemento aglutinante para la formación de los iberos históricos” (*Idem*, 1969:49).

Esta auténtica colonización pudo deberse quizás a “los cambios climáticos del fin del Cuaternario y principios del Neolítico” (Bosch, 1928:8), auténtica “exlicación ad hoc” si se tiene en cuenta que en el mismo Sáhara siguió desarrollándose una cultura similar a la de Almería (*Idem*, 1944:70).

El camino seguido por los grupos saharienses hasta llegar a la Península se iniciaría en el Sur tunecino y atravesaría el Tell Atlas hasta salir a la costa y a la región de Orán. Prueba indirecta de tal trayectoria sería la localización de los enclaves más antiguos de la Cultura de Almería en la costa oriental de la provincia, o sea, en la región más accesible desde Orán (*Idem*, 1944:70-71). Como en otras ocasiones, su exposición incurre en auténticas contradicciones (Martínez, 1985a:394): el propio autor, en el párrafo inmediatamente precedente al citado, apuntaba que “en la región de Orán no se conocen estaciones saharienses” (Bosch, 1944:70).

Las gentes de este grupo cultural se extendieron, “a expensas de las de la cultura central”, “por todo el SE, y por la costa valenciana hasta penetrar en el Bajo Aragón, ocupar todo el Sur y parte del centro de Cataluña” (*Idem*, 1922:29) (4).

Bosch Gimpera, aún a pesar de los múltiples cambios a que fué sometiendo la idea original (v. 1932:145-146 y 1969:49, por ej.), individualizaba la Cultura de Almería respecto a la Cultura de las Cuevas por tres rasgos básicos: habitat al aire libre en poblados fortificados, puntas de fecha de sílex de ciertos tipos y cerámica sin decoración. Sin embargo, un análisis

(4) La sistematización cronológica e interpretativa de este “círculo cultural” reviste una enorme confusión, por las numerosas transformaciones introducidas por el autor en sus sucesivas publicaciones. Su exposición requeriría de un espacio no disponible en el presente artículo, por lo que, al igual que en el caso de la Cultura de las Cuevas, me limitaré a hacer referencia a los aspectos más generales de la interpretación de Bosch, remitiendo al interesado a dos trabajos donde se aborda con detenimiento la cuestión: Martínez Navarrete (1985a:394-400) y Hernando Gonzalo (1987a:101-123).

detallado de su obra —(1954:140, 1975:198) para el primer rasgo, (1969:53, 1944:69) para el segundo, (1954:140, 1922:29, 1969:64, 1975:241-244) para el tercero—, conduce a comprobar sus propias refutaciones a aquella caracterización.

El autor diferencia tres fases en la secuencia del desarrollo de la Cultura de Almería:

- 1.^a) La etapa más antigua, Neolítico “muy puro”, reflejaría la llegada de los almerienses y podría fecharse “hipotéticamente” entre el 4000 y el 2500 (*Idem*, 1969:53).
- 2.^a) Eneolítico inicial, con dos fases sucesivas:
 - a) Hacia el “3500-3000?” de rasgos muy parecidos a los de la fase anterior (*Ibidem*:54).
 - b) Una etapa de “3000-2700?” (*Ibidem*:55), en la que se producen dos hechos de interés: el fortalecimiento (*Idem*, 1975:236) o inicio (*Ibidem*:333) —al igual que en muchos otros casos, no queda claro este punto— de las relaciones mediterráneas, y la expansión de la cultura almeriense por la zona circundante a Almería, lo que provocará relaciones con el Sur y Oeste de la Península (*Idem*, 1969:56). Del movimiento de influencias que comportan estas últimas relaciones (*Ibidem*, 1966:39), resultará el apogeo de las tres culturas meridionales: la Megalítica Portuguesa al Oeste, la campaniforme en el Centro, y la de Almería —en su etapa de los Millares en la que también confluyen las relaciones mediterráneas— al Este, dentro todo de la futura etapa de Eneolítico Pleno.
- 3.^a) Etapa de transición a la Cultura de los Millares, fechada “probablemente” entre el 2700 y el 2500 a. de J.C., y semejante a la posterior de Los Millares, aunque más pobre (*Idem*, 1969:59).
- 4.^a) Etapa de Eneolítico Pleno, correspondiente al apogeo de la Cultura de Almería (*Idem*, 1975:239), iniciada hacia el 2500 y representada fundamentalmente por los poblados de Los Millares, del que toma el nombre, y Almizaraque (*Idem*, 1969:61).

Como ha quedado señalado, la Cultura de los Millares surge como resultado de “una estrecha relación” de la cultura almeriense con la portuguesa, sobre todo, y de la influencia de las relaciones mediterráneas (*Idem*, 1975:241-242, 1969:60-67).

En esta etapa, “la cultura megalítica portuguesa ha avanzado (...) ampliando considerablemente su territorio”, hasta alcanzar Extremadura y Salamanca, el Valle del Guadalquivir, Córdoba y Málaga (*Idem*, 1969:60). Prueba de la llegada de la influencia portuguesa —que “debe ir unida a una penetración de gentes procedentes de Portugal” (*Ibidem*)— a la cultura almeriense, serían los sepulcros megalíticos, los ídolos placa, ídolos falange con decoración oculada, agujas de hueso de cabeza segmentada, etc. (*Idem*, 1975:242-243).

Por su parte, Portugal habría adoptado a su vez objetos almerienses, como los “vasos con decoración de soles” (*Idem*, 1969:64), por lo que puede decirse que se estarían produciendo “movimientos de pueblos” (*Idem*, 1922:33) en el mapa de los círculos culturales españoles.

El análisis de las relaciones mediterráneas es más complejo. La posición adoptada por el autor a este respecto ha llevado a considerarle tradicionalmente como opues-

to a los defensores de la “teoría de las colonias”. Sin embargo, Bosch no está teóricamente en contra de ella, y de hecho la utiliza para explicar determinados procesos culturales. Pero no cree que tales establecimientos hayan tenido lugar en el Sureste, pues aquí sólo pueden detectarse “rasgos culturales” foráneos “que no transforman la personalidad de las respectivas culturas, introduciendo el conjunto de la cultura forastera —lo que es característico de la verdadera colonización”— (1975:242). A su juicio, es preferible pensar en relaciones comerciales intensas (*Ibidem*; *Idem*, 1969:66).

Esta relación entre el Mediterráneo Oriental y la Península Ibérica debió producirse, en consecuencia, de “etapa en etapa” (*Idem*, 1944:100), siendo Malta el punto avanzado en contacto directo con el SE español (*Idem*, 1975:245). Esta isla habría cumplido la función de “agente” comercial entre los pueblos egeo-anatólicos y los del SE español (*Idem*, 1966:41). De esta forma, “los egeos probablemente no pasaron de la frontera entre ambos mediterráneos, en donde se halla Malta” (*Idem*, 1944:00). Desde aquí, “con el comercio pudo irradiar también la cultura y enviar influencias que aclimatan tipos distintos en cada caso y que no permiten hablar de una verdadera extensión de la cultura de Malta o de la cultura egea” (*Ibidem*).

Ahora bien, aunque la vía de llegada de esas influencias de Malta a España no haya sido la fundación de “colonias”, no puede decirse lo mismo de la primera “etapa” del proceso, en que el Mediterráneo Oriental transmite a Malta sus rasgos culturales. Según Bosch, “posiblemente la cultura de Malta es el resultado de una verdadera colonización de elementos procedentes del Egeo; pero es difícil señalar su punto de partida y cabe creer, incluso, que en este movimiento se juntan elementos de distintas procedencias del Egeo, de la costa del Asia menor y aún del norte de Siria” (*Ibidem*:101).

Los contactos mediterráneos, con Malta como agente, habrían impelido a los pueblos peninsulares a participar en las relaciones marítimas, destacando en este sentido las de Portugal con Bretaña (*Idem*, 1966:41), donde ya “se había comenzado a introducir” la “idea megalítica” en el IV milenio (*Ibidem*:36).

Por otro lado, debido al apogeo de las culturas Megalítica y de los Millares, parece oscurecerse la cultura campaniforme, por lo que ésta “(tipo II) comienza su *difusión* a través de la cultura pirenaica por el sur de Francia hacia el centro de Europa”. Para Bosch, “no es posible explicar el origen de este vaso campaniforme centroeuropeo como surgido allí, sino que es preciso considerarlo como una influencia occidental. Aunque sea todavía *mal conocido el mecanismo de difusión*, no vemos precedentes que lo expliquen en el centro de Europa” (*Ibidem*:41-42).

- 5.^a) Etapa de la Edad del Bronce. Me limitaré a indicar que a partir de 1954, Bosch Gimpera la divide en “dos edades del Bronce esencialmente distintas, la argárica y la atlántica” (1954:90), producto ambas de procesos del desarrollo local de las precedentes culturas de Los Millares y Megalítica Portuguesa. Su ámbito cronológico sobrepasa el tema de este artículo, por lo que prescindiré de su estudio.

Como resumen cabe insistir en que simplemente no es cierto que Bosch Gimpera sea un evolucionista, a juzgar tanto sus planteamientos teóricos generales, como sus argumentos puntuales sobre procesos de desarrollo cultural. Tampoco es cierto que sus teorías supusie-

ran una oposición a las mantenidas por los “colonialistas”. Como hemos visto, él mismo acepta este modelo “explicativo” para algunos de los desarrollos observables en la Prehistoria europea. Es más, puede calificársele incluso como “invasionista”.

Bosch Gimpera intentó construir una gran obra de síntesis que diera cuenta del desarrollo de toda la Historia pasada de España. Por ello es recordado y respetado por todos los prehistoriadores españoles. Sin embargo, carecía de una base arqueológica suficiente. Debe recordarse que tomó contacto con los problemas de la Prehistoria durante su estancia en Alemania, pero que su formación provenía de la Filología Clásica (Muñoz, 1986a:5). El origen de los pueblos, los desarrollos de las culturas, siempre habían requerido su interés. Pero no tenía una formación arqueológica. De hecho, utiliza los materiales excavados por L. Siret como documentación empírica para la Cultura de Almería (Bosch, 1969:49,52-53) y señala que los hallazgos de la Cultura de las Cuevas proceden “de excavaciones poco metódicas, sin estratigrafías conocidas y sin puntos de apoyo seguros para atribuirles una cronología (*Idem*, 1961:46). Por lo demás, reconoce que los únicos criterios de clasificación de que dispone son los tipológicos (*Idem*, 1954:149 y 1969:149).

Bosch, en fin, elaboró muy meritoriamente una ambiciosa obra cuyos cimientos, desgraciadamente, resultaban muy frágiles. Era necesario un sólido corpus arqueológico que superara las deficiencias de las interpretaciones culturales del Sureste que en aquel entonces se estaban realizando. Será el matrimonio Leisner el que, con brillantes resultados, dedique sus esfuerzos a cubrir este vacío de la Prehistoria española.

En efecto, el corpus de los Leisner constituye, aún hoy en día, el punto de referencia obligado de cualquier prehistoriador interesado en conocer aspectos arqueológicos del mundo funerario megalítico del Sureste peninsular.

Los Leisner representan, desde un punto de vista teórico, una transición entre la escuela histórico-cultural alemana y el “método colonial”, que tanta vigencia tendrá en nuestro país. Su posición se aleja de la primera por el acusado desinterés que siempre mostraron respecto a las cuestiones etnográficas, origen, como vimos, del método de los “círculos culturales”. Sin embargo, la vigencia de esta perspectiva en la época en la que comenzaron a desarrollar sus investigaciones, facilitó que ciertos aspectos de aquella influyeran en la obra de éstos. De todos modos, el particularismo histórico sigue siendo la evidente referencia teórica de los Leisner, de forma que mantendrán el auge de los modelos difusionistas, al tiempo que comienzan a referirse a relaciones con las “islas orientales”, todo lo cual conducirá al “modelo colonial”.

Georg y Vera Leisner son dos claros y coherentes exponentes de la metodología normativista. Como se recordará, ésta supone que los restos materiales son objetivaciones de las ideas de sus fabricantes, por lo que el estudio de la base material conduce al conocimiento del nivel ideacional de la cultura. Desde este punto de vista, eligen como objeto de estudio el mundo funerario, ya que éste representa la esencia de la cultura, su rasgo más identificador. Por otra parte, y dado que todos los rasgos son iguales y comparables, el investigador suele elegir para su estudio aquellos más destacados o sobresalientes. Todo ello explica en resumen, que los Leisner centraran su labor investigadora en los sepulcros megalíticos, y no atendieran a otros rasgos materiales.

Por último, los procedimientos de trabajo de los Leisner son técnicamente extraordinarios. Analizan pormenorizadamente todos los restos materiales relacionados con ese contex-

to —no sólo la arquitectura, sino también los ajuares—, y confeccionan una cuidadosísima documentación gráfica que, como se sabe, sigue utilizándose en la actualidad.

Desde una perspectiva teórica, los Leisner utilizan como base de análisis, al igual que Bosch Gimpera, los criterios tipológicos, reducidos en su caso a los de la arquitectura y los ajuares funerarios, recomponiendo lo que denominan “grupos de inventario”. Como aquél, consideran que “tales observaciones aisladas de relaciones de inventario (...) han de quedar estériles para la cronología (...) en el caso de que no puedan ser valoradas ni como relaciones étnicas ni comerciales” (Leisner, 1949:77). De hecho “el derrumbamiento de muchas analogías culturales en (...) las culturas del Oriente y la Península Ibérica puede tan sólo descansar sobre un parentesco de raíces más profundas” (*Ibidem*), esto es, sobre un sustrato étnico común. Sería por tanto este “sustrato básico unitario”, formado en la “Edad de la Piedra en el Mediterráneo” la clave de la explicación de aparentes fenómenos de convergencia cultural (*Ibidem*:78) y el nexo teórico que les une a la escuela histórico-cultural.

Aunque los Leisner no son nada explícitos respecto a sus posiciones teóricas generales, citan al menos dos “círculos culturales” coexistiendo en la Península Ibérica: el primero es “el círculo de los pueblos agrícolas, que podría relacionarse por una parte con el círculo occidental de Europa, y de allí hacia el este con el círculo del Danubio; por otra parte, con las islas orientales” (*Ibidem*:79). El segundo se caracterizaría por “su menor apego al patrimonio cultural de la población agrícola”, estando más próximo “a la facies africana” (*Ibidem*:79-80).

Reconocen la primacía de las cuestiones étnicas (*Ibidem*:78), pero a diferencia de Bosch, no consideran que los criterios tipológicos de complejidad creciente puedan ser índices cronológicos, sino manifestaciones de las interferencias que pueden producirse en la distinta evolución de cada grupo cultural. De esta forma, su objetivo se centra en “tratar de evidenciar las ‘interferencias’ que permiten comprender la realidad de la situación: la existencia de diversos desarrollos étnicos-culturales que evolucionan paralelamente a través del tiempo” (Martínez, 1985a:420), mediante el análisis de los elementos materiales relacionados con las tumbas, ordenados en los denominados “grupos de inventario”.

Su análisis de las “interferencias” de los desarrollos étnico-culturales, les lleva a definir tres tradiciones culturales que, diacrónica o sincrónicamente, son perceptibles en el mundo megalítico peninsular: la tradición neolítica, la de la Plena Edad del Cobre y la de la Edad del Bronce (5).

Los Leisner reconocen en esas tradiciones difusos círculos culturales manifestados en diversos rasgos arquitectónicos o de elementos de ajuar. Resulta difícil de obtener una propuesta concreta de los autores respecto a la evolución de esos círculos culturales o al menos, de sus tipos funerarios representativos. Sirva de muestra la falta de claridad del siguiente texto: “no existe en el Sudeste” “una clara solución de continuidad cultural”, por lo que “no se pueden separar” “las manifestaciones culturales” (Leisner, 1949:83). Ahora bien, “aunque en la época primitiva la posibilidad” de separación de los dos tipos de tumbas presentes en la tradición neolítica —la tumba circular y el enterramiento aislado en cistas de piedra (*Ibidem*: 79)— “queda encubierta por las influencias común a ambas formas sepulcrales de los

(5) De nuevo resulta imposible examinar aquí con detenimiento el contenido concreto que los Leisner conceden a cada una de ellas (v. Martínez, 1985a:422-433; y Hernando, 1987a:143-162). Por ello, me limitaré a hacer algunas observaciones generales respecto a los procedimientos utilizados en su identificación.

más antiguos estratos de población”, manifestada, supongo, en los ajuares, “quizá sea posible proceder a una separación (...) y retrotraer las tumbas circulares de la Península a un origen unitario” (*Ibidem*: 80).

La Cultura de los Millares constituye uno de los tres grupos de inventario de la tradición de la Edad del Cobre (*Ibidem*: 204). Interesa resaltar en este punto que los Leisner rompen con la argumentación desarrollada por Bosch Gimpera en el sentido de que niegan por primera vez la dependencia o íntima relación de esta cultura con la portuguesa, defendiendo más bien un paralelismo cronológico (Martínez, 1985a:425). Por primera vez el origen de sus elementos caracterizadores empezará a ser buscado fuera de nuestra península, cuestión de crucial importancia para el estudio de la futura Historia de la Investigación. Aunque aceptan la posibilidad “invasionista” —“poblaciones (...) traídas por anteriores oleadas culturales” (Leisner, 1949:203)—, la abandonan para explicar el surgimiento de la Cultura de los Millares. Indefinidas relaciones con el Mediterráneo y las “islas orientales” (*Ibidem*), “evidenciadas” por elementos culturales concretos, comienzan a perfilarse como factor causal de cambio y motor fundamental del desarrollo del Calcolítico peninsular.

Estos son los rasgos esquemáticos de la exposición de los Leisner, sin duda compleja por su falta de definición respecto al peso que debe atribuirse a los factores étnicos. No obstante, debe subrayarse la importancia que supone la introducción de factores de tradición cultural y no sólo cronológicos, para la explicación de la variabilidad arqueológica. Otros problemas derivan de la dificultad de interpretación de sus “grupos de inventario”, que pueden o no ser sincrónicos, y que pueden o no responder a la misma corriente cultural. La utilización que hace de los datos resulta conflictiva, pues deviene en la circularidad de la argumentación, se sirven de ellos para distinguir “interferencias” culturales que, inevitablemente, deben verse confirmadas. Por otra parte, ellos mismos reconocen la imposibilidad de fijar cronologías absolutas fiables a partir de criterios tipológicos (por ej., *Ibidem*: 372-377) y la dificultad de identificar lugares de procedencia únicos para cada conjunto cultural (*Ibidem*: 76-77). Además, conceden en general prioridad a los rasgos arquitectónicos en caso de conflicto con los ajuares.

No obstante, su obra, aunque abundantemente criticada por sus presupuestos teóricos (Martínez, 1985a:431; 1985b) o su articulación arqueológica (Chapman, 1981a), ha sido utilizada como base y referencia de muchos de los trabajos posteriores. La consciencia de que tales deficiencias existían no daba lugar a la descalificación de sus resultados. De hecho, como ya he señalado, sus teorías sobre las relaciones mediterráneas, distanciadas de connotaciones “invasionistas”, darán lugar al desarrollo del “modelo colonial”, nuevo esquema explicativo de enorme peso entre las interpretaciones culturales del Calcolítico del Sureste español.

1.2. El “modelo colonial”

Bosch Gimpera y el matrimonio Leisner constituyen buenas pruebas de la necesidad de contemplar el ambiente socio-político en el que un prehistoriador se forma para poder explicar su particular visión del devenir histórico. No puede realizarse una Historia de la Investigación sin atender a los paradigmas vigentes en cada época, porque sin duda éstos

aportan una carga de subjetividad, muchas veces inconsciente, a la lectura de los procesos culturales que tuvieron lugar en la Prehistoria.

Bosch Gimpera representaba un espíritu claramente “nacionalista”, influido por la corriente dominante de la Alemania en la que se formó. Intentaba demostrar la raigambre de la cultura española. Similar intención guiaba los escritos de sus contemporáneos y seguidores: Martínez Santa-Olalla, Castillo, Pericot... Ese espíritu, que se ha mantenido largamente en la Historia de nuestra investigación, implicaba una tendencia unidireccional de la Historia: la esencia de lo español ha sido siempre una; las desviaciones que se puedan apreciar obedecen a intrusiones exteriores que, en general, sólo afectaron de manera superficial —aportaciones tecnológicas, sobre todo— al germen de nuestra cultura (Gilman, 1988:48).

La interpretación del pasado se realiza desde el presente, y éste demostraba a los historiadores el enorme peso del colonialismo en la transformación cultural de amplias y variadas zonas del globo: los siglos XVI y XVII vivieron los esfuerzos expansionistas del Imperio español, y durante el XVIII y XIX toda Europa dedicó su economía, política y dispositivos humanos a colonizar territorios extracontinentales. Por su parte, nuestra historia estaba llena de colonizaciones e invasiones fenicias, griegas, romanas, germánicas, etc. El “modelo colonial” respondía por tanto, de una forma absolutamente coherente, a la experiencia histórica; no cabe duda de que el colonialismo ha sido uno de los principales motores del cambio cultural. Dentro del particularismo histórico, suponía así una lógica explicación para las transformaciones de la Prehistoria (6). Ahora bien, en todos los casos históricos, la difusión de los rasgos culturales de la zona metropolitana a la colonia quedaba perfecta y sólidamente justificada por el contacto entre los pueblos, premisa inevitable de la colonización. El problema que poco a poco irán advirtiendo los prehistoriadores españoles es que ésta no se cumple en el caso del Calcolítico español, lo que dará lugar a diversas reacciones. Vemos el desarrollo histórico de este modelo.

Siret introdujo por primera vez en la investigación histórica el término “colonia” para definir los poblados calcolíticos con metalurgia del Sureste español. Con él se refería concretamente al poblado de Almizaraque que, a su juicio, habría sido ocupado por fenicios de Sidón en el siglo XVI para explotar las minas de plata (Siret, 1907 y 1913).

Los continuadores de su trabajo sobre Almizaraque (Gossé y Manrique, 1917; Cuadrado, 1947; etc.), mantuvieron el mismo tipo de explicación del desarrollo cultural del yacimiento que, de este modo, se convirtió en prototipo de “colonia” oriental en el Sureste peninsular. Pero el modelo exigía la existencia de, al menos, algunos elementos materiales propios del Oriente mediterráneo en el yacimiento fundado por gentes de dicha procedencia. Sin embargo, éstos no existían en Almizaraque, por lo que se acude a sucesivas e imaginativas “hipótesis ad hoc” (v. por ej.: Siret, 1948:121; Cuadrado, 1947:178; Gossé y Manrique, 1917:381) que, junto al “sistema de los paralelos” y al normativismo como concepción antropológica, constituyen la base metodológica del “modelo colonial”.

(6) Resulta muy ilustrativo a este respecto el comentario de Chapman (1987:93) referido a la interpretación difusionista del fenómeno megalítico: “Piggot (...) comparaba los megalitos con las iglesias y las mezquitas. Childe (...) hacía referencia a los *misioneros megalíticos* y Almagro y Arribas (...) comparaban la difusión de los megalitos a partir del Mediterráneo Oriental con la conquista de América Central por los *conquistadores*”. Trasladaban al pasado fenómenos reales de expansión y colonización desde sus propias experiencias históricas.

Superadas confusiones culturales y cronológicas —fenicios en el Calcolítico español durante el siglo XVI a.C.—, B. Blance revitaliza el término “colonia” (Kalb, 1975:383), asentando por primera vez las bases completas del “modelo colonial”, que tanta vigencia tendrá en nuestro país.

A diferencia de Bosch, para Blance era claro que ni Los Millares ni Vila Nova de San Pedro representaban un estadio desarrollado de las culturas neolíticas locales, con las que muestran muy poco contacto. Tampoco indicaban una extensa invasión de la Península por nuevas culturas, porque el conjunto de hallazgos de ambos yacimientos difería de los sitios contemporáneos en el inmediato vecindario. “De hecho, se mantienen como asentamientos aislados frente a un medio ambiente cultural diferente” (Blance, 1961:195). Se justifica de este modo, por primera vez, la adopción del “modelo colonial”.

Dado que los poblados calcolíticos no se conciben como una evolución in situ de las culturas neolíticas, ni como resultado de una invasión extensa de otros pueblos de la Península Ibérica, su origen debía buscarse en la llegada de influencias o de reducidos grupos de población desde fuera de nuestro territorio. Así, Blance cree que “sus mejores paralelos se encuentran en el área del Mediterráneo Oriental, donde se conocen ciudades-estados políticamente independientes desde épocas muy antiguas que debían su existencia a un rico territorio interior o al intercambio y comercio”. Los yacimientos calcolíticos de la Península “pueden considerarse, de hecho, como ejemplos primitivos de los tipos de colonias establecidos posteriormente por los fenicios y los griegos” (*Ibidem*: 192). Por otra parte, “la evidencia sugiere que los colonizadores introdujeron el conocimiento de la metalurgia en la Península y que esto incluyó el conocimiento de la fundición en molde cerrado” (*Ibidem*: 199).

Se mantiene en consecuencia, la idea de Siret de que “pueblos foráneos llegaron —por supuesto en barcos— a la Península, en busca de metales y que para aprovechar la riqueza metalífera fundaron varios poblados; a estos pueblos se deberían los materiales de “importación” y las influencias culturales en el primer desarrollo del eneolítico peninsular” (Kalb, 1975:383-384).

Aunque para Blance el foco originario de tales migraciones estaría situado en Anatolia, las islas occidentales de Anatolia y las Cícladas, se ve ogligada a conceder que “posiblemente sería incorrecto considerar a ninguna de estas áreas como responsable del establecimiento de todas las colonias en la Península Ibérica, y es probable que cada uno de los yacimientos principales de la Península fuera colonizado desde un área diferente del Mediterráneo Oriental” (Blance, 1961:200).

La debilidad del argumento es reconocida, hasta cierto punto, por la autora: los paralelos no son siempre fáciles de trazar (*Ibidem*: 196), no se advierte la similitud que sería lógica entre las colonias peninsulares (*Ibidem*: 195) y no pueden encontrarse jalones culturales intermedios que documenten el proceso de colonización (*Ibidem*: 200). Por otra parte, como bien apunta F. Kalb (1975:384), “varios tipos considerados de ‘importación’ se encuentran en lugares a los que se cree como típicamente indígenas, por ejemplo, cuevas, tumbas megalíticas, etc.” (7).

(7) Debe señalarse que también C. Topp había publicado en 1959 un artículo en el que reconocía posibles influencias balcánicas y danubianas en la formación de las culturas neolíticas y calcolíticas del Sureste español. Su metodología de estudio era la misma que la de los autores que estamos viendo, pues los criterios tipológicos, sin es-

En resumen, todo el “modelo colonial” se articula a través del sistema de los paralelos, que adolece de un doble problema:

1.º) Debe encontrarse el origen de cada elemento material o rasgo objeto de paralelización, lo que da lugar a incoherencias y contradicciones entre los distintos centros de procedencia.

2.º) Al no explicitarse las condiciones de aplicación del modelo —estadio de evolución cultural de los grupos de ambos extremos del Mediterráneo, causas de la necesidad de búsqueda de metal, causas de la falta de proliferación de éste en los yacimientos supuestamente dedicados fundamentalmente a su extracción, número de personas emigradas, número de objetos juzgado suficiente para que un paralelo pueda ser considerado demostrado, etc.—, resulta imposible verificar los diferentes puntos de la argumentación.

1.3. Crisis del “modelo colonial”

Dos factores fundamentales marcarán el inicio de las sucesivas transformaciones que habrá de sufrir la formulación original del “modelo colonial” que se acaba de exponer:

1.º) Los resultados de las excavaciones emprendidas por miembros del Instituto Arqueológico Aleman en Zambujal, que ponían de manifiesto el abrumador predominio de material indígena frente a la casi total ausencia de objetos importados de Oriente. Como resultado, Sangmeister propone sustituir el término de “colonia” de Blance por el de “factoría”, concediendo ahora “gran participación a las comunidades indígenas en el proceso de producción” (Vaz Pinto y Parreira, 1979:137). V. Leisner y H. Schubart (1966:47, cit. por Vaz Pinto y Parreira; *Ibidem*: 138) apoyan esta variación, sugiriendo que su función habría sido diferente de la de las posteriores colonias fenicias y griegas. No obstante, aún se mantiene la interpretación tradicional al considerar que las “factorías” deben contemplarse “como un cuerpo extraño en un medio indígena” (Sangmeister, 1964:552, cit. por Vaz Pinto y Parreira, 1979:137), que llevaría a un proceso de aculturación “fundamental para el desarrollo de la Prehistoria peninsular” (Vaz Pinto y Parreira, 1979).

2.º) La generalización de las dataciones de Carbono-14, que demostraban la precedencia en el Occidente mediterráneo de muchos de los rasgos culturales pretendidamente difundidos o exportados desde el extremo oriental. Tal desajuste teórico/empírico, conocido en la investigación prehistórica como “falla cronológica” (Renfrew, 1973), constituirá uno de los factores claves de la crisis.

Como vemos, la documentación empírica que tanto las excavaciones como los métodos de datación iban proporcionando, coincidían en la refutación del modelo de explicación propuesto. Sin embargo, aunque contribuían a su debilitamiento, no derivaban en su aban-

tratigrafías ni contextos, constituían la única base para la clasificación cultural. Dado que esta propuesta no prosperó, quedando aislada en la bibliografía sobre el tema, se ha excluido de este estudio general.

dono definitivo. Arribas y Molina (1984) exponen con acierto las causas de esta paradójica situación:

a) “El enorme esfuerzo realizado para sentar la tesis colonialistas” (*Ibidem*: 66) que, además, estaba bien construída (*Ibidem*: 65). Los numerosos y prestigiosos autores que la han defendido confirman el primer punto, mientras que al segundo me he referido al principio: la abundancia de ejemplos históricos demostraba coherente la hipótesis.

b) “La posición de prudente espera hasta la obtención de series compactas de dataciones que confirmaran la antigüedad de las manifestaciones occidentales (...) a pesar de la intranquilidad y zozobra que cada nueva datación aportaba a sus postulados básicos” (*Ibidem*: 66). Las declaraciones de M.^a J. Almagro-Gorbea resultan muy ilustrativas a este respecto. La autora señala que tanto las nuevas fechas de Carbono-14, como los últimos trabajos de los Leisner en Portugal, obligaron a muchos prehistoriadores europeos a variar una “visión tan clara, esquemática y atractiva de un único origen oriental para explicar la aparición de la cultura megalítica en Occidente” (Almagro, 1973:192). Sin embargo, a su juicio, “tan solo unas pocas fechas a lo sumo, no constituyen base suficiente de momento para pretender cambiar el origen de toda” esa cultura (*Ibidem*: 198). Califica las coherentes y coincidentes dataciones obtenidas para el Sureste de “confusas” (*Ibidem*), aduce que “tampoco es seguro, actualmente que la cronología basada únicamente en el método del C-14 (...) pueda darse como válida y absolutamente segura a la hora de dar una cronología” (*Ibidem*: 199), y concluye en consecuencia, que “debe seguir dándose prioridad al método arqueológico basado en el análisis tipológico y comparativo de los materiales exhumados en los yacimientos” (*Ibidem*), como sistema de datación. Sin embargo, resulta paradójica la confianza que deposita en las dataciones radiocarbónicas cuando éstas se ajustan a sus datos (v. *Ibidem*:216-217).

c) “El prestigio de sus propugnadores era grande” (Arribas y Molina, 1984:65). No cabe ninguna duda de que ésta es una razón de peso no sólo para explicar el mantenimiento del “modelo colonial”, sino también la lentitud con la que se transforman los paradigmas científicos (Kuhn, 1962). En nuestro caso, A. Arribas (1967)(8), J. Maluquer (1975) o G. Delibes (1976) contribuyeron sin duda a la perpetuación dentro de nuestras fronteras del modelo en crisis, orientando los futuros trabajos de jóvenes investigadores que utilizaban sus manuales o síntesis como referencia casi inevitable.

Por su parte, la obra de Savory (1968), quien retoma la formulación más clásica del “modelo colonial” suponiendo un origen palestino a los inmigrantes (*Ibidem*:140-158), configurará la opinión internacional sobre el período.

Varias causas explican pues, la pervivencia del modelo en los años 70, a pesar de la existencia de evidencia empírica contraria. Sin embargo, su utilización en 1986, en los términos más clásicos, por parte de W. Schüle, resulta más difícil de explicar. Su fidelidad a este tipo de argumentación manifiesta claramente que no existe una relación directa entre la incorporación de nuevos datos —ya está plenamente confirmada y de manera muy abundante la “falla cronológica” y la ausencia de elementos de origen próximo-oriental— y el cambio

(8) Este autor manifiesta una revisión de sus planteamientos iniciales a lo largo de su obra.

teórico. Schüle defiende, en todas las publicaciones en las que alude al tema, un origen oriental no sólo para cualquier innovación cultural perceptible al comienzo de la metalurgia, sino también en el Neolítico del Sureste español (Schüle, 1968:34).

En su último artículo (Schüle, 1986), introduce una aparente variación respecto al “modelo colonial”: se pronuncia contundentemente a favor de “eliminar definitivamente la tan discutida palabra ‘colonia’”, basándose en que “tiene connotaciones demasiado amplias, sugiriendo la idea de invasores en masa que conquistaron y dominaron el país, como hicieron los europeos en las Américas, por ejemplo” (*Ibidem*: 211). Considera más acertado ‘un término más neutral, por ejemplo ‘primeros núcleos de prospectores’ (*Ibidem*). Apunta también que ‘no es necesario que tales prospectores procediesen directamente del litoral oriental del Mediterráneo, ni que llegasen en gran número, trayendo objetos materiales que nosotros podríamos reconocer y clasificar de importaciones directas de Oriente. Para transmitir ideas y técnicas no hace falta un gran número de personas’ (*Ibidem*).

Ahora bien, a su juicio, es innegable la ausencia de precedentes de las nuevas ideas y técnicas en la Península Ibérica, y en cambio, su presencia en el Mediterráneo Oriental (*Ibidem*). Por otra parte, para introducir las innovaciones “hacen falta pocas personas, que además de barcos y el conocimiento de las vías marítimas navegables, no necesitaban más que el “know how” de todas estas técnicas y la intención y capacidad de convivir y colaborar, más o menos pacíficamente, con los indígenas” (*Ibidem*). Su profesión de fe en que estos primeros prospectores son gentes venidas del Mediterráneo Oriental, y que por tanto suponen una oleada humana que ocupa el territorio español, llega al punto de confesar, al referirse a sus relaciones pacíficas con los indígenas, su convicción en que “la segunda o lo más tarde, la tercera generación de (los recién llegados) en su mayoría tenían madres indígenas, con todas las consecuencias que traen los lazos familiares” (*Ibidem*). Como puede verse, no se ha transformado en absoluto el “modelo colonial” sino que, antes bien, es llevado hasta sus últimas consecuencias.

Schüle diferencia tres fases de la llegada de esos “primeros prospectores metalúrgicos”. La primera, restringida al Sureste peninsular, corresponde a la fase de la Cultura de Almería, aunque al autor no puede definir si ésa es traída por los recién llegados —a los que atribuye unos “hipotéticos fortines” aún no descubiertos— o si es la de los indígenas que dependen y conviven con ellos —aunque se ignora de qué poblaciones se trataría, puesto que a su juicio, no es probable que existieran habitantes neolíticos en la zona— (*Ibidem*: 211-212; 1980:56). En la segunda —fase de los Millares I y V.N.S.P. I.—, paradójicamente con los contactos, dependencia y convivencia de la fase anterior, habrían construido las fortificaciones, cuyo mensaje de “noli me tangere!” (*Idem*, 1986:214) habría bastado para intimidar a los indígenas y garantizar así una pacífica convivencia (*Ibidem*: 211). Durante la tercera, se habrían establecido fortines en los “camino naturales que conducen a los puertos marítimos a las zonas metalíferas del interior” (*Idem*, 1980:56), ejemplo de los cuales sería el Cerro de la Virgen en sus estratos inferiores (*Ibidem*; *Idem*, 1986:214). A pesar de los inconvenientes que él mismo señala para hacer derivar tales fases del Mediterráneo Oriental (*Idem*, 1986:217-218), y del hecho de que la metalurgia “no abunda” en el Cerro de la Virgen (1980:60), Schüle no renuncia a su esquema explicativo.

Lo curioso del autor es que él mismo presenta todos los datos que cuestionan sus conclusiones y explicita abiertamente propuestas alternativas contradictorias. Únicamente su

posición normativista y la profesión de fe en el modelo colonial le hacen ignorar tales contradicciones: “no veo otra posibilidad que buscar (...) la raíz común en el Mediterráneo Oriental” (*Idem*, 1986:217).

Me he detenido brevemente en Schüle porque constituye un claro ejemplo de la pervivencia actual del más clásico “modelo colonial”. Pero lo cierto es que representa una excepción entre los investigadores españoles de la década de los 80. La puesta en cuestión de los fundamentos del modelo hace comprender a la mayoría la imposibilidad de mantenerlo en los términos tradicionales. La crisis se ha producido. Ahora bien, en buena prueba de la determinación teórica de la práctica de la investigación, la reacción ha sido variada: el “modelo colonial” ha perdido su exclusividad, dando paso a alternativas muy distintas para la interpretación cultural del Calcolítico del Sureste. Con ello empieza a apreciarse en la investigación española un dinamismo hasta entonces desconocido; una libertad interpretativa que nada tiene que ver con la rigidez canónica de toda la anterior Historia de la Investigación. Evidentemente, este cambio permite la entrada en el edificio hasta entonces herméticamente cerrado, de las sugerencias que desde hacía tiempo venían formulando algunos autores anglosajones. Su aportación resultará fundamental para el futuro desarrollo de la investigación. De este modo, pueden encontrarse, en la bibliografía sobre el tema, tres alternativas a la nueva situación:

1.º La posición de autores como M. Pellicer (1986), J. J. Eiroa (1986), M. Fernández-Miranda (1985) o A. M.^a Muñoz (1986b) (9), que podía definirse como difusionista “no colonial”. La evolución cultural del Sureste es valorada ahora como el resultado de la intervención de abstractas “ideas” o “tendencias” cuyo lugar de origen sigue siendo el Mediterráneo Oriental. Sin embargo, al excluir la llegada de poblaciones, la creación de “colonias”, el modelo pierde coherencia interna. En términos históricos es más defendible un modelo colonial que la difusión no especificada de “ideas”. Para mantener esta posición debería explicarse el mecanismo, contexto y circunstancias de la llegada de tales influencias, cuestión que en ningún caso se aborda.

En el XVIII Congreso Nacional de Arqueología, celebrado en 1985 en las Islas Canarias, M. Fernández-Miranda tuvo a su cargo la elaboración de la ponencia sobre las “relaciones mediterráneas entre el cuarto y el segundo milenio”. Puede considerarse, en consecuencia, que sus declaraciones definían la posición “oficial” de los medios académicos res-

(9) A. M.^a Muñoz va demostrando una evolución a lo largo de sus publicaciones, desde posturas “colonialistas” radicales (1969), pasando por versiones más matizadas (1983a; 1983b), hasta indefinidas pero patentes tendencias autoctonistas —aunque igualmente idealistas— (1986b).

M. J. Walker es otro de los autores que rechazan el “modo colonial” *sensu strictu*, pero sigue manteniendo posturas normativistas. Su trabajo es difícil teóricamente. Presenta un matiz materialista en su concepción de la evolución cultural al defender un determinismo climático extremo. Confía en que las transformaciones del proceso histórico son únicamente el resultado de cambios climáticos. Sin embargo, su concepción general de la cultura es claramente normativista. Además, al referirse a las transformaciones culturales sólo hace alusión a las características de la cultura material. Se diría que mantiene el esquema explicativo de la Tradición Disciplinar con una sola variación: sustituye la difusión como único agente de cambio cultural por las transformaciones climáticas y ambientales. Debido a esta confusión teórica, y al reduccionismo mecanicista extremo que manifiesta, no ha sido incluido en los comentarios generales.

pecto al problema que estamos tratando. Sus palabras constituyen la mejor y más clara ilustración de este tipo de reacción a la crisis del “modelo colonial”: “igualmente sorprendente resulta el (...) sincronismo con que la metalurgia del cobre empieza en todo el Mediterráneo central-oriental, así como la similitud que existe en los procesos de transformación documentados y en los primeros productos manufacturados. Si, como parece, no hay evidencias suficientes para hablar de un proceso de difusión apoyado en contacto seguros y relativamente reguladores, no queda más remedio que explicar el fenómeno como un característico ejemplo de difusión punteada, a través de la transmisión de una idea que en poco tiempo se desplaza por Italia, sur de Francia y Península Ibérica”. Similar valoración le merecen “la generalización de la inhumación colectiva a lo largo del Mediterráneo en la segunda mitad del tercer milenio”, “los modelos de fortificación tipo Millares-Kalandriani”, o los “rituales funerarios colectivos en tumbas de cámara, excavadas o superficiales, de estructura tipo tholos o subterráneas, que se documentan desde la Península Ibérica hasta Palestina”. Concluye que “la coincidencia es con frecuencia defendida como suprema explicación por muchos investigadores poco dados a admitir mecanismos difusores, por moderados que sean. Tal vez sea la hora de empezar a pensar si tales presupuestos pueden ser tenidos en cuenta dentro de un razonamiento histórico serio” (Fernández-Miranda, 1985).

2.º) Un segundo grupo de investigadores rechaza contundentemente el modelo colonial y las bases difusionistas sobre las que se asienta, aunque de momento no propone desarrollos teóricos alternativos para el estudio del Calcolítico del Sureste. A. Arribas y F. Molina son los más claros representantes de esta reacción. Sus planteamientos y trabajos de campo demuestran la asunción de nuevos presupuestos, alejados de la concepción idealista de la cultura. Además, en su publicación conjunta de 1984, no sólo precisaban las causas del mantenimiento del “modelo colonial”, sino también la ausencia absoluta de restos típicamente orientales en la Península Ibérica antes del 1000 a.C. (Arribas y Molina, 1984:72) y la pervivencia de la diversidad local del Neolítico en las tradiciones de enterramiento calcolíticas (*Ibidem*:93).

3.º) Un último grupo, influido como el anterior por los trabajos de autores anglosajones, ha optado por abandonar definitivamente la concepción idealista, adoptando de modo explícito modelos basados en una concepción integrada de la cultura. Sólo Ramos Millán (1981) ha realizado una interpretación del Calcolítico del Sureste español desde esta perspectiva, pero deben resaltarse también los trabajos de V. Lull (1983) y de F. Nocete (1986).

Así pues, puede decirse que el “modelo colonial” ha perdido —salvo en casos excepcionales como el de Schüle (1986)— la vigencia que hasta hace poco ostentaba como modelo teórico subyacente a las investigaciones sobre el Calcolítico del Sureste español. Dos causas han contribuido a ello: la evidencia de la falla cronológica entre Oriente y Occidente, puesta en relieve por Renfrew, y la influencia de los nuevos planteamientos desarrollados por los autores anglosajones desde una concepción integrada de la cultura.

1.4. Conclusión

La concepción idealista de la cultura ha creado grandes construcciones interpretativas sobre el Calcolítico del Sureste español, ciertamente coherentes en sí mismas —como la sín-

tesis de Bosch Gimpera o el “modelo colonial”— pero carentes de una fundamentación arqueológica objetiva.

Tres son los rasgos que definen las estrategias de investigación de ella derivadas: el particularismo histórico, el normativismo y el difusionismo. El primero hace alusión al interés por lo particular, por el acontecimiento único y no recurrente, puesto que no existen leyes generales que puedan explicar la Historia. El segundo, al interés por el conocimiento de los restos materiales como medio de comprender la esencia ideacional de la cultura. El tercero representa el único mecanismo posible, con esos principios, de evolución cultural: la transmisión ideacional.

Del primero se deriva el esfuerzo por el establecimiento de secuencias estratigráficas, ya que la sucesión de los hechos explica por sí misma la Historia, y del segundo, el énfasis en la caracterización tipológica de los materiales arqueológicos. Sin embargo, paradójicamente, ninguna de estas implicaciones se ha abordado en España con suficiente rigor. Únicamente los prehistoriadores alemanes —el matrimonio Leisner y los miembros del Instituto Arqueológico Alemán— incidieron en estas cuestiones, contribuyendo con sus resultados, como vimos, a transformar los planteamientos vigentes.

A mi juicio, el problema de las interpretaciones idealistas en la investigación española no ha residido exclusivamente en sus bases teóricas, con las que no concuerdo, sino también en la falta de precisión en la práctica concreta de la investigación de sus defensores. Si los estudios hubieran sido metódicos, en la actualidad contaríamos con un completísimo y ordenado registro arqueológico, con claras secuencias estratigráficas, con útiles estudios tipológicos. Pero nada de esto nos queda después de casi un siglo de investigación idealista en nuestro país.

Por otra parte, la difusión liberó a los prehistoriadores de la responsabilidad de explicar los procesos de evolución cultural que se desarrollaron en nuestro territorio. Como bien señalaba A. Gilman (1976:311), “la cultura almeriense inicial (era) una “cultura iberosahariana”, o en último término derivada de Palestina; la almeriense tardía (había sido) traída por colonos egeos; la argárica (se había) producido por influencias centroeuropeas (“reflujo campaniforme”) o anatólicas”. De esta forma, la clasificación intuitiva, sin criterios homogéneos de los materiales, el sistema de los paralelos y las “explicaciones ad hoc”, seguían representando los procedimientos fundamentales para la reconstrucción histórica.

Por último, me gustaría incidir en el nexo indisoluble entre teoría y práctica de la investigación. El desarrollo histórico del “modelo colonial” y su pervivencia actual, demuestran claramente que un cierto modelo se seguirá manteniendo, pese a los datos refutadores, hasta que sea el propio modelo el que se ponga en cuestión.

A mi entender, la incapacidad de los modelos derivados de la concepción idealista para explicar el proceso de evolución del Calcolítico del Sureste español, sólo puede ser superada desde aquellos basados en una concepción integrada de la cultura. La interconexión de rasgos culturales que ésta implica permitirá un esquema lógico, sólido y coherente del proceso de cambio cultural que tuvo lugar en ese período.

2. CONCEPCION INTEGRADA DE LA CULTURA

Como vimos, el “evolucionismo clásico” fué el primer modelo teórico en defender una concepción integrada de la cultura. Sin embargo, el reduccionismo biológico a que condujo, la tendencia excesivamente generalizadora de sus interpretaciones y el abuso metodológico a que dió lugar, provocaron la aparición del particularismo histórico de Franz Boas. Posteriormente surgieron nuevos modelos que, reconociendo y rechazando los defectos básicos de aquel, estaban igualmente fundamentados en la concepción integrada de la cultura y, en consecuencia, en el evolucionismo como referencia teórica. Sus estrategias nomotéticas no les impedían reconocer la existencia de procesos distintos de cambio cultural. Todos los modelos integrados parten del principio básico común de que los componentes culturales están interrelacionados, pero difieren en la explicación del carácter y dinámica de las influencias que provocan ese cambio. Veamos los utilizados en relación con el Calcolítico del Sureste español.

2.1. Modelo funcionalista: C. Renfrew, R. W. Chapman y C. Mathers

El modelo funcionalista, que ha recibido críticas diversas desde otras posiciones (v. Gilman, 1976:311 y 1981:3-4; Hodder, 1982:1-6), se fundamenta en tres principios básicos: “Primero, una cultura se considera como un todo integrado (‘un sistema con subsistemas’). Segundo, este sistema es concebido como algo que permite sobrevivir a quienes están implicados en él (‘cultura como medio extrasomático de adaptación’). Tercero, los aspectos particulares del sistema se explican como si fueran adaptativos” (Gilman, 1981:2). En consecuencia, los funcionalistas creen que cada segmento o elemento cumple una función específica, positiva, “adaptativa”, en el conjunto.

Según el funcionalismo, las clases sociales dirigentes de la Edad del Bronce habrían obtenido su privilegiada posición gracias a servicios esenciales prestados a sus súbditos. Las diferencias existentes entre las distintas propuestas basadas en este modelo radican en el tipo de servicios prestados. Tres autores destacan entre sus defensores: Renfrew, Champan y Mathers.

Renfrew defiende la variante de la “redistribución de recursos”. De acuerdo con ésta, el “jefe” habría creado “un bien colectivo que va más allá de la concepción y capacidad de los grupos domésticos de la sociedad tomados individualmente” (Sahlins, 1977:158). En los centros de poder se habrían recogido, almacenado y redistribuido bienes de distinto tipo, procedentes de áreas diferentes, lo que habría contribuido al bienestar general y aumentado la fabricación de productos y el comercio.

Este autor no ha elaborado propuestas específicas para explicar el proceso cultural del Sureste español. Sin embargo, la trascendencia de su puesta en cuestión del modelo difusionista vigente en la investigación española (Renfrew, 1967) y el valor de su propuesta alternativa como desencadenante de posteriores aportaciones desde una perspectiva integrada de la cultura, me ha llevado a incluirlo en el presente texto.

Renfrew concede especial importancia al contexto social en que se produce una innovación, y en contra del modelo difusionista, propone dos planteamientos básicos de estudio:

1) “Cualquier invención o innovación funcional en la tecnología o en la cultura humanas aparecerá a la larga de nuevo, y recurrentemente, independientemente del tiempo, espacio o grupo étnico, dadas las condiciones apropiadas”.

2) “La expansión de la adopción de un nuevo proceso no se sigue automáticamente del inicio (se haya producido localmente o por contacto exterior), de un nuevo proceso o forma, sino que depende, de una manera complicada, de una elección individual determinada por factores sociales y otros tipos. La disponibilidad de los medios técnicos es una condición necesaria, pero no suficiente, para la adopción de nuevas invenciones o descubrimientos” (Renfrew, 1978:94, cit. por Chapman, 1984:1143).

En consecuencia, centra su interés en averiguar qué tipo de organización social, condiciones técnicas, estructuración espacial, etc., concurrían en determinado momento y lugar para poder explicar cualquiera de los rasgos innovadores, —sepulcros megalíticos, metalurgia...— que allí aparecen.

R. W. Chapman (1975) aporta una nueva visión sobre la economía y sociedad de la Prehistoria española, centrada fundamentalmente en el estudio de los enterramientos del Sureste y Oeste peninsulares. Aborda el análisis de la estructura social, y de las causas que provocan su diferenciación a partir de las variaciones cualitativas de las tumbas y sus ajuares.

Para Chapman la explicación del origen de la jerarquización social reside en la teoría de la “circunscripción de recursos”, nueva variante del modelo funcionalista. Admite también la de la redistribución planteada previamente por Renfrew, si bien siempre relacionadas con el acceso diferencial a recursos naturales críticos y escasos, y con los problemas de su redistribución. La diferenciación social surge en el Sureste peninsular durante el Calcolítico por la necesidad de asegurar la distribución a toda la población de un bien escaso: el agua (Chapman, 1982:48-49). A su juicio, el paleoambiente calcolítico del Sureste sería semejante al actual, por lo que deduce que en dicha zona “el agua constituye el recurso más crítico para el asentamiento humano” (*Ibidem*: 48). La existencia de cisternas, pozos y diques representaría la evidencia arqueológica de los métodos para su conservación y distribución. El primer ejemplo de tales sistemas, previos a la romanización, sería el del Cerro de la Virgen. Concluye que “es posible argüir que el “ranking” social pudo haberse producido tanto como resultado del control de los recursos críticos como una respuesta a los problemas planteados por su gestión” (*Ibidem*: 49).

Mientras que el agua permaneció con importancia estable como recurso crítico, el cobre fue adquiriendo ese carácter progresivamente, dado su significado social como indicador de status en el II Milenio (*Ibidem*: 49-500).

Los bajos niveles de producción y organización de la metalurgia del cobre durante el III Milenio pueden ser explicados por constreñimientos sociales. Efectivamente, la metalurgia habría constituido una especialización restringida a los principales asentamientos de cada área, cuyos lugares preeminentes en la jerarquía local estarían basados “en el control de recursos tales como la tierra o el agua” (Chapman, 1984:1147). En este contexto, la especialización artesanal a tiempo completo habría exigido la remoción de mano de obra ocupada en tareas de subsistencia tales como la agricultura intensiva de regadío, lo cual supondría un coste demasiado elevado para poderlo asumir. En consecuencia, las notables diferencias —en nivel de producción y especialización de formas— entre la metalurgia del Mediterrá-

neó Occidental y el Egeo durante el III y II Milenio podrían ser explicadas por razones socio-económicas (*Ibidem*: 1149-1154).

Una vez establecida la relación entre estructura social y acceso a recursos críticos, Chapman sostiene que las construcciones funerarias no son más que un reflejo de tal relación. A su juicio, “pueden considerarse como una respuesta a los recurrentes desequilibrios entre población, recursos y sociedad” (*Idem*, 1981b:80). Desde esta perspectiva, analiza la necrópolis megalítica de Los Millares (*Idem*, 1981a). Demuestra la inconsistencia de la clasificación de los Leisner y sugiere como alternativa para la interpretación, “que las diferencias en la riqueza de los ajuares, en los tipos de las tumbas y en su localización dentro de la necrópolis de Los Millares son índices de la organización social de esta comunidad de la Edad del Cobre” (*Ibidem*: 88).

La apertura de nuevas posibilidades interpretativas, derivada de la transformación del modelo teórico, viene a demostrar la influencia determinante de éste en el desarrollo empírico de la investigación prehistórica. En este sentido, debe valorarse muy positivamente la aportación del trabajo de Chapman al estudio del proceso cultural del Calcolítico del Sureste.

Ahora bien, aparte de no explicar “cómo las élites adquieren y mantienen su poder” (Gilman, 1981:4), limitación generalizada a todos los funcionalistas, la argumentación de Chapman descansa sobre el principio de la similitud de la aridez del medio en el Sureste entre el Calcolítico y la actualidad. Pero existen muchos datos (Hernando, 1987a: 439-474) que llevan a pensar en una transformación importante del medio.

C. Mathers valora, por su parte, la interacción de los siguientes factores: estabilidad y variabilidad de los ecosistemas locales, estrategias económicas intensivas, posibilidad de diversificar el asentamiento y el uso de la tierra y progresiva centralización (Mathers, 1984a: 1190).

La región del Noreste de Almería y del Sur de Murcia podría considerarse una “zona nuclear”, puesto que en ella se habría desarrollado con mayor intensidad que en otras zonas una organización política jerarquizada y unas redes socio-económicas regionales activas (*Ibidem*: 1189). La combinación de dos variables —áreas limitadas de tierra arable y régimen irregular de lluvias (*Ibidem*)— habría favorecido tales cambios, y habría provocado a su vez el desarrollo de una producción y tecnología intensivas, que podrían calificar de “amortiguadores” de impredecibles riesgos económicos (*Ibidem*: 1190; 1984b:30). Otros amortiguadores habrían sido el establecimiento de sistemas de alianza e intercambio, encaminados a una mayor integridad regional (*Idem*, 1984a:1190; 1984b:20), y en los que habrían jugado un papel preponderante los bienes de prestigio. Estos habrían desempeñado dos funciones esenciales. Por un lado, habrían constituido sistemas de inversión de los excedentes económicos de modo almacenable y no perecedero. Esto es, habrían servido como seguros en época de escasez, en que podrían ser intercambiados por comida (*Idem*, 1984b:20-21). Por otro, habrían supuesto, por su progresiva standarización desde el Calcolítico a la Edad del Bronce, un instrumento importante de control social por parte de una élite, ya que definían en su simbolismo los límites de los distintos niveles de rango o status a que podía acceder el resto de los individuos del grupo (*Idem*, 1984a:1183-1184). A escala regional dicha standarización reflejaría por su parte, un medio de mantener las alianzas y un sistema de control de la autoridad zonal (*Ibidem*:1186). En consecuencia, puede advertirse en el paso Calcolítico/Edad del Bronce un progresivo control del acceso a las posiciones de status, para evitar la

inestabilidad social que implicaría la lucha de muchos individuos para acceder a posiciones sociales mal definidas (*Idem*, 1984b:25).

La intensificación socio-económica que tales procesos suponen habrían permitido la expansión del asentamiento a otras zonas “marginales”, hasta ahora poco ocupadas a causa de la necesidad de un desarrollo tecnológico para su explotación (*Idem*, 1984a:1190). Además, habría contribuido al abandono del patrón de asentamiento lineal del Sur de Almería, caracterizado por un agrupamiento de los sitios —dado el alto riesgo de sus ecosistemas— en torno a fuentes seguras de agua, por la distancia y consecuente dificultad de comunicación entre asentamientos, y por la falta de yacimientos de interfluvio (*Ibidem*:1179). Dicho abandono se habría producido por “la incapacidad de esta zona árida de alto riesgo de competir con éxito en el control de materias primas y sus recursos a una escala inter-regional, particularmente con el crecimiento de sistemas de asentamiento más activos y logísticamente más eficientes en su periferia” (*Ibidem*:1189). Por su parte, tampoco en las zonas altas y húmedas del Sureste habrían surgido sistemas socio-políticos desarrollados o redes de intercambio regional extensas, debido a la “amplia gama de oportunidades” que en ellas ofrecía el medio “para la diversificación económica” (*Ibidem*:1187). En consecuencia, la evolución socio-económica en esta zona habría tendido a desarrollar “comunidades relativamente dispersas y bastante autónomas que practicaban estrategias económicas con riesgos mínimos de fracasos serios de producción” (*Ibidem*). No habrían sido necesarios, por tanto, mecanismos amortiguadores de los previsibles riesgos.

Todo ello explicaría que los asentamientos nucleados en terrazas fluviales, que caracterizan el Sur y Este de Almería, se abandonarían al iniciarse la Edad del Bronce, que los situados en la intersección de la zona de colinas más bajas y el fondo del valle —Sur de Murcia y NE de Almería, con mayor diversidad de recursos a su alcance— se mantuvieran en la Edad del Bronce, y que la zona de tierras altas montañosas del Sureste y Levante sólo se ocupara sistemáticamente en la Edad del Bronce (*Ibidem*:1177).

Todo este proceso de progresiva complejidad social puede advertirse, según demuestra, tanto en las estrategias de ocupación habitacional, como en las tendencias económicas —intensificación agrícola, surgimiento de la “economía de prestigio” primando los materiales metálicos por su difícil accesibilidad para la población, etc.—, como en los rasgos funerarios —constructivos, ajuar, tratamiento del cadáver, etc.—.

La obra de Mathers reviste un indudable interés. Por un lado, considera que la dicotomía climática general existente entre las zonas áridas y húmedas del Oeste Mediterráneo se ha mantenido estable, aunque “existen buenas razones para suponer que su aspecto “actual” es el producto de varios agentes humanos y no-humanos que, a través de largos períodos de tiempo, han reducido progresivamente la diversidad y estabilidad del medio” (*Idem*, 1984b:16). Por otro, tiene en cuenta la diversidad de ecosistemas del Sureste, lo que le lleva a diferenciar y a comparar distintos procesos de desarrollo dentro de la misma zona, y a establecer interacciones entre ellos. Con tal objetivo, contempla el funcionamiento de gran cantidad de variables de forma que la de las estrategias agrícolas, prioritaria en otros trabajos, abandona en éste su carácter exclusivo. Todo ello deriva, a mi juicio, en una interpretación muy realista y en consecuencia, muy comprensiva, del proceso cultural del Calcolítico del Sureste.

Ahora bien, el autor, por sus propias asunciones funcionalistas, no explica cómo se pro-

duce el progresivo control social del acceso a las posiciones de status; cómo y quién consigue limitar la posibilidad de conseguir autoridad a un reducido segmento de la sociedad; cómo se pasa, en qué consiste la clave del cambio, de la competición no estructurada del Calcolítico a la estructurada, restringida e individualizada del Argar. El mismo reconoce que la explicación de *por qué* fueron tomadas ciertas decisiones (...) exige análisis más detallados que las tentativas conclusiones que él ofrece” (*Ibidem*: 33) (el énfasis es de Mathers).

2.2. Modelos materialistas

Los modelos materialistas, al basarse en el principio metafísico de que todo lo que existe en el universo puede reducirse a materia y energía, conciben la naturaleza de la cultura como un conjunto de relaciones entre ambos elementos. La causa de la evolución cultural y de la diferenciación de culturas residirá, por tanto, “en última instancia”, en las condiciones de producción y reproducción de la vida real (10). Para sus defensores, la base del estudio cultural reside, en consecuencia, en factores socio-económicos: los medios de producción, la fuerza de trabajo y las relaciones de producción. La jerarquización social sería el resultado de una particular relación de fuerzas en los procesos de producción.

Ahora bien, a partir de este principio general, se han construido diversos modelos materialistas, que se mueven entre “un crudo determinismo en el que las sociedades sólo responden a cambios medio-ambientales o a inexorables presiones demográficas y una sofisticada ecología en la que las culturas consciente o selectivamente se adaptan a estímulos externos” (Kohl, 1981:96). Entre todos ellos —materialismo cultural, dialéctico, económico o ecología cultural— se aludirá aquí solamente a las dos primeras, únicas utilizadas para abordar problemas referidos al Calcolítico del Sureste español.

2.2.1. Modelo materialista cultural: A. Ramos Millán

El determinismo cultural, que también ha recibido críticas diversas (v. por ej. Westen, 1984:640), fue popularizado por M. Harris y sus discípulos. Para aquel, la estrategia del materialismo cultural, se basa en el principio del determinismo tecno-ambiental, tecno-económico y demográfico: “tecnologías similares aplicadas a medios similares tienden a producir una ordenación del trabajo similar, tanto en la producción como en la distribución, y ésta a su vez agrupamientos sociales de tipo similar, que justifican y coordinan sus actividades recurriendo a sistemas similares de valores y creencias... el principio del determi-

(10) Esta afirmación se deriva del “teorema de la determinación de la estructura y superestructura por la base material”, formulado por Marx, y cuyo resumen sería el siguiente: “El hombre necesita en primer lugar comer, beber, tener un techo y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etc... Por tanto, la producción de los medios de vida inmediatos materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o de una época, es la base a partir de la cual se han desarrollado las instituciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas, e incluso las ideas religiosas de los hombres, y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse y no al revés, como hasta entonces se venía haciendo” (Engels, cit. por Harris, 1982:163).

nismo tecno-ambiental y tecno-económico concede prioridad al estudio de las condiciones materiales de la vida socio-cultural, del mismo modo que el principio de selección natural da prioridad al estudio de las diferencias de eficacia reproductora” (Harris, 1985:3). Es decir, las propiedades de la infraestructura determinan los rasgos de la superestructura.

M. Harris ofrece en su publicación de 1982 un esquema excesivamente reduccionista de los principios de este modelo teórico que, sin embargo, es el seguido punto por punto, por el único investigador que lo ha utilizado para estudiar el Calcolítico del Sureste español: A. Ramos Millán (1981).

Debe subrayarse que ésta es la primera obra española que adopta, explicitándolo, un modelo teórico no normativista para el estudio de la Prehistoria del Sureste. Como tal, supone un hito en la Historia de nuestra investigación. Además, incorpora una síntesis muy útil de la caracterización arqueológica de las secuencias de la Edad del Cobre en el Sur peninsular, si bien no efectúa “una revisión de las elaboraciones teóricas” (*Ibidem*: 203).

Ramos divide el estudio en dos apartados: uno dedicado a la “estructura” y otro a la “trayectoria del sistema”. En el primero incluye la infraestructura —integrada, siguiendo a Harris (1982:69), por los modos de producción y reproducción— y la estructura —que aún, siguiendo el mismo esquema, la economía doméstica y la política—. En el segundo valora la influencia determinante que la “estructura” ejerció sobre la sociedad y su particular evolución: “los problemas más relevantes del desarrollo socio-cultural del Sudeste” tiene solución teórica en la hipótesis proporcionada por el determinismo infraestructural: la evolución social obedece a la “dinámica que se establece entre el modo de producción y reproducción —presión demográfica y necesidad de mayor energía alimentaria— del sistema (Ramos, 1981:250).

Esta dinámica de energía alimentaria se habría materializado en un proceso sucesivo de expansión e intensificación y habría dado lugar, en último término, a la competencia entre las comunidades y al desarrollo de una economía política que habría ido englobando progresivamente proyectos de interés comunal. Sin embargo, y a pesar de la necesidad de una dirección individualizada de la economía política, las jefaturas sólo parecen documentarse en la Edad del Bronce. Hasta entonces, debe entenderse como la principal transformación el paso de un patrón social de parentesco a uno clanificado y definido por el interés en la acumulación de riqueza. Los “grandes hombres”, representantes de este proceso, habrían derivado en las claras “jefaturas” argáricas. Por tanto, a su juicio, “las contradicciones territoriales entre las comunidades incitaron en última instancia la emergencia de la estratificación en la misma comunidad” (*Ibidem*: 254).

Aunque el planteamiento parece claro, lógico y atractivo en una primera lectura, al examinar su fundamentación se ponen de manifiesto dos problemas esenciales:

1) Falta de definición conceptual, lo que dificulta la comprensión del texto.

Ramos no explicita el contenido de los términos “economía doméstica” y “economía política”, incluyendo además en su exposición conceptos tales como “dominio doméstico”, “nivel doméstico”, “unidades domésticas”, “ambiente doméstico”, etc., cuyo significado concreto no aclara. Parece identificar “economía doméstica” con “modo doméstico de producción”, y a su vez, asimilar éste al concepto de familia nuclear exclusivamente (*Ibidem*: 246). Por otra parte, y aunque no lo explicita, parece confundir el concepto de economía política

con el de estratificación social (*Ibidem*: 246-247,252), absolutamente diferenciados en realidad.

Debe subrayarse que la economía doméstica no hace referencia a unidades familiares, sino a unidades de habitación. Los individuos que la integran pueden o no estar unidos por lazos de parentesco. La economía doméstica por tanto, no supone, y en general no coincide, con un modo doméstico de producción, en el que todos los individuos implicados en la producción y el consumo están relacionados por lazos familiares. Una unidad de habitación con su economía doméstica, puede seguir un modo de producción feudal, capitalista, etc., por estar integrada en un conjunto social amplio, regulado por una economía política. Por su parte, el modo doméstico de producción puede o no tener excedentes, y por lo tanto, puede tener como objetivo el de una economía de subsistencia o el de una economía excedentaria. En resumen, no deben confundirse, pues aluden a esferas diferentes, los términos “economía doméstica”, “modo doméstico de producción” y “economía de subsistencia”. La primera se refiere estrictamente al locus donde se produce, el segundo al ámbito social implicado en el proceso de trabajo, producción y consumo y la última a los objetivos económicos perseguidos. En consecuencia, no existe ninguna relación entre la posibilidad de diferenciar clases o status diversos en una comunidad y la demostración de la existencia de una “economía política”. El tipo de organización social de una comunidad es independiente de que ésta esté regulada en su conjunto por una “economía política”.

El siguiente párrafo puede ilustrar la dificultad de lectura a la que me refiero: “Si bien las pautas de construcción del sistema defensivo dejan entrever cierta programación, creemos que la actividad bélica no se desarrolla bajo un proyecto especializado que traiga consigo la dedicación exclusiva de un grupo de la comunidad extraído de las unidades domésticas” —¿debe entenderse “modo doméstico de producción”?—. “De nuevo, el nivel doméstico” —¿debe entenderse ausencia de jerarquización social?— “permanece en la base y cuando mucho, son sus unidades” —¿unidad familiar?, ¿unidad de habitación?— “las que por una dinámica desconocida, quizá coyuntural o situacional, se especializan en estas actividades” (*Ibidem*: 249).

Por otro lado, el autor parece entender por “modo de reproducción del sistema” lo que, a mi juicio, es el “modo de reproducción de la población”, desatendiendo así importantes variables que conforman el concepto. Efectivamente, señala que “el modo de reproducción del sistema no puede ser siquiera esbozado por insuficiencia de los análisis precisos (...) Sólo a través de la perspectiva temporal y bajo algunos supuestos es posible entrever las tendencias demográficas más generales. Frente a estas deficiencias, la aparición de registros arqueológicos actualizados referidos a las sepulturas en contraste con las cuantificaciones teóricas que son posibles desde las áreas pobladas, podrían proporcionar “stocks” poblacionales aprovechables y los rasgos más fundamentales del modo de reproducción del sistema” (*Ibidem*: 246).

2) Utiliza como argumentos asunciones que no se demuestran teórica ni arqueológicamente.

La base de todo el proceso de desarrollo habría residido en dos factores clave: la presión demográfica y la necesidad de mayor energía alimentaria. La primera, aún a pesar de las dificultades para conocer la tendencia demográfica, se advertiría en el aumento de asentamientos desde el Neolítico Reciente hasta la Edad del Cobre, y en la ocupación de nuevas

tierras —yacimientos del Neolítico Reciente en el Valle del Almanzora— (*Ibidem*: 250). Los datos referidos al período Neolítico Reciente proceden de los estudios de los Leisner (*Ibidem*: 250, nota 197), por lo que no parecen constituir una base fiable de caracterización (v. *supra*).

Ramos es consciente de que “teóricamente, la presión demográfica no sólo aparece por un crecimiento de la población”, sino por cualquier tipo de desequilibrio entre población y recursos. Así pues, concluye que la dinámica del sistema de energía alimentaria, sometida a presión demográfica, habría desarrollado un proceso de expansión primero, contrastable en la ocupación de nuevas tierras, y de intensificación después, materializada en la adopción del “sistema cereal” y en la posterior y tardía introducción del regadío. Este proceso determinaría “el cambio estructural del sistema” (*Ibidem*: 252). Sin embargo, él mismo señala que el “sistema cereal” “queda débilmente precisado” (*Ibidem*: 247) y que las “pautas de trabajo agrícola (...) sólo pueden ser figuradas” (*Ibidem*: 245).

Por su parte, el cambio social habría consistido en la tendencia de “la sociedad segmentaria definida por grupos de fililación unilocal” del Neolítico Reciente/Calcolítico, “hacia la pérdida de importancia de los patrones de parentesco y la aparición relativa de otros grados de interés centrados ahora en la concepción de riqueza y en su tenencia o acumulación” (*Ibidem*: 252). Tres puntos apoyarían su hipótesis: “la importancia de la comunidad y su aislamiento”, “la emergencia de una economía política en el marco de un dominio de la economía doméstica” y “la dirección de la economía política” (*Ibidem*: 252-253).

El primero estaría demostrado por el retraimiento que supone el acercamiento de las necrópolis a los poblados y por la aparición de las fortificaciones. Todo ello hace evidente, a su juicio, la conciencia de comunidad diferenciada (*Ibidem*: 252). En mi opinión, establece una causalidad entre factores no necesariamente relacionados. De hecho, las interconexiones entre comunidades que otros autores —como Mathers— suponen para este período, cuestionan el valor de evidencia que Ramos atribuye a la relación de las fortificaciones y el emplazamiento de las necrópolis con la conciencia de comunidad diferenciada. Sería necesario demostrar primero el nexos causal entre ambos rasgos para utilizar este punto como argumento en favor de su hipótesis.

Respecto al segundo y tercero, “es evidente que el nivel organizativo de la economía política queda muy limitado en la estructura del sistema”, ya que sólo sería necesario planificar el “comercio y la guerra” que, sin embargo, “no afectarían a la distribución igualitaria dentro de la comunidad” (*Ibidem*: 252). Además, “es patente que la cabeza visible no asoma por ninguna parte” y que “la acumulación de riqueza no se documenta definitivamente”. A pesar de todo ello, “lo que parece derivarse sin ninguna duda es que la dirección existe, aunque sus limitaciones sean relevantes (...). Por estas razones, no podemos hablar de “jefaturas” hasta la Edad del Bronce. Sólo nos quedaría recurrir a un proceso mediante el cual durante la Edad del Cobre los cabecillas aldeanos son progresivamente sustituidos por “grandes hombres” (“big men”)” (*Ibidem*: 253).

En mi opinión, si no existe ningún dato arqueológico que demuestre que la dirección existe, no puede asegurarse que ésta esté fuera de duda. Además, creo que de los argumentos expuestos no se deduce la “tendencia del dominio del parentesco al dominio de ramajes”, ni la que conduce a que “los ascendentes superiores en el marco del parentesco” sean los que obtengan “el grado más alto en el control de la riqueza” (*Ibidem*: 254).

Pero en el caso de que estuvieran demostrados estos puntos, aún quedaría por explicar el proceso, es decir: cómo y por qué surgen “los grandes hombres”, y cómo y por qué surgen los “caciques” o “jefes argáricos”. Sobre este punto se limita a señalar que “las contradicciones territoriales entre las comunidades incitaron en última instancia la emergencia de la estratificación en la misma comunidad” (*Ibidem*), propuesta claramente materialista cultural, pero que, a mi juicio, deja sin resolver la cuestión fundamental de las funciones (en un sentido aséptico, no funcionalista) que necesariamente hubieran debido desarrollar las élites —puesto que no todas las actividades económicas desarrolladas en el Calcolítico necesitaban de ellas— y del mecanismo por el cual lograron mantener su poder.

2.2.2. *Modelo materialista dialéctico: A. Gilman*

Este modelo materialista, criticado a su vez desde las demás posiciones (v. por ej. Kohl, 1985:109), se deriva de la teoría de la evolución cultural de Marx y Engels. En ella introducían una importante innovación con respecto al determinismo infraestructural: el carácter dialéctico de los procesos históricos. Según este principio, las fluctuaciones o transformaciones de la sociedad, en el ámbito de la política o ideología —superestructura— no pueden considerarse como expresiones directas de las variaciones de su base económica o material —infraestructura—. Por el contrario, enfatiza el carácter dialéctico, conflictivo de la cultura y la transformación que el resultado de las contradicciones aparecidas en una puede provocar en la otra, y por tanto en el proceso cultural global. Engels subrayaba con fuerza esta noción cuando señalaba: “Según la concepción materialista de la Historia, el factor que determina la Historia es *en última instancia* la producción y reproducción de la vida real. Ni Marx, ni yo hemos afirmado nunca más que esto. Si alguien lo tergiversa diciendo que el factor económico es el *único* determinante, convertirá aquella tesis en una frase vacía, abstracta, absurda” (Engels, 1980, cit. por Harris, 1982:182. Los subrayados son de Engels).

Se diferencia por tanto del materialismo cultural en que “no considera las ideas epifenómenos de una realidad ética o meros reflejos de la infraestructura, sino que reconoce que las creencias de un grupo dado una vez formuladas pueden —durante el curso de cualquier proceso histórico— asumir una vida propia y afectar sustancialmente a las actividades productivas de la sociedad” (Kohl, 1981:109). Por ello, es un modelo que tiene en cuenta, como elemento crucial del análisis, las circunstancias históricas particulares de cada grupo cultural a diferencia del materialismo cultural, que considera enjuiciables mediante leyes de comportamiento regular —determinismo infraestructural— todos los procesos históricos.

Aunque se han realizado varios estudios inspirados en este modelo teórico —Gilman (1976, 1981, 1987a, 1987b), Lull (1983) y Nocete (1986)—, únicamente los de A. Gilman responden espacial y cronológicamente al tema de este artículo. V. Lull centra su atención en la Edad del Bronce —Cultura del Argar— (11) y F. Nocete en las Edades del Cobre y Bronce del Alto Guadalquivir.

(11) Este autor, coherentemente con su posición evolucionista, defiende un desarrollo autóctono del Argar. Sin embargo, su interpretación del poblado de Almizaraque no parece diferenciarse de las formuladas por los más

A. Gilman (1976:311-312,317) es el primer autor que, al realizar un trabajo sobre el Sureste español, expone y justifica su posición teórica, declarándose de modo explícito defensor del modelo materialista dialéctico.

A su juicio, tres rasgos principales demostrarían la progresiva estratificación social que tuvo lugar en el Sureste español entre el 4000 y el 1000 BC: los incrementos de la especialización artesanal (en el desarrollo de la metalurgia), la división de clases dentro de las comunidades (como demuestra la diferenciación de ajuares en los enterramientos) y el militarismo (como indican las fortificaciones y las armas) (*Ibidem*: 311; *Idem*, 1987a:22; 1987b:31). Considera que la coacción constituye la clave del surgimiento de la jerarquización social. Por ello, frente al interrogante funcionalista de “¿qué servicio prestan las élites a la sociedad?”, él propone otro: “aparte del hecho de que sus acciones no sirven al interés común, ¿cómo establecen y mantienen las élites su poder?” (1981:4). Defiende que sólo la existencia de condiciones que retardaran la fisión o segmentación del grupo —característica de las sociedades tribales—, es decir, el abandono de un pretendido líder en caso del desacuerdo de sus potenciales “súbditos”, puede explicar la capacidad de las élites de mantener su poder (*Ibidem*). En este sentido, considera que la segmentación se vería impedida, o al menos dificultada, si la marcha del grupo disidente implicara “el abandono de ventajas substanciales”, esto es, “tecnología que aumente substancialmente la productividad a través de un trabajo preparatorio” (*Ibidem*: 5). Así, en resumen, para analizar el proceso de jerarquización social debe investigarse qué cambios en las condiciones técnicas de producción podrían haber transformado las relaciones de producción hasta el punto de hacer inviable el antiguo orden social igualitario (*Idem*, 1976:312).

Tras analizar las oportunidades que para ello ofrecen el desarrollo de la metalurgia, de los sistemas de irrigación y del policultivo mediterráneo, concede a los dos últimos la mayor importancia en la transformación de las relaciones de producción hasta entonces vigentes (*Ibidem*:312-313). La metalurgia, por su parte, “pudo haber reforzado el poder de las élites ya existentes”, pero no pudo haber provocado su aparición, pues no se conocen en esta época útiles metálicos orientados a la explotación económica (*Ibidem*; *Idem*, 1987b:32-33).

La irrigación no puede considerarse un reflejo mecánico de un aumento de población ni de la necesidad de una dirección hidráulica. Por un lado, “no tenemos justificación para argüir que la fertilidad Almeriense/Argárica fuera tan rígida como para empujar a grupos de gente progresivamente hambrienta a luchar por extensiones de tierra irrigada” (*Ibidem*:314); por otro, los sistemas de irrigación utilizados no habrían requerido no ya la inversión de grandes recursos técnicos o de gran volumen de trabajo, sino ni siquiera la coordinación de las actividades o un liderazgo directo (*Ibidem*).

firmes defensores del “modelo colonial”: “si es cierta la existencia del nivel argárico de Almizaraque, este yacimiento y Herrerías pueden formar conjuntamente un mismo asentamiento argárico, reconstruido sobre una *comunidad eneolítica muy importante por la facilidad de la explotación de la plata y del cobre* y cerca, además, de un buen puerto de embarque. Si prescindimos de los aluviones distales actuales del Almanzora, este patrón del asentamiento presenta unas características eneolíticas claras, por lo que nos sorprende que Almizaraque sea considerado una aldea “autóctona”, pues tanto su situación como los restos materiales de su necrópolis parecen responder a *una aldea muy aculturada, si es que no era una avanzada colonial eneolítica estrictamente metalúrgica*” (Lull, 1983:232).

En segundo lugar, el policultivo mediterráneo habría aumentado la producción agrícola, ya que no compite con los cultivos de cereales preexistentes (*Ibidem*:315). Además, sus productos son almacenables, por lo que hubiera contribuido a promover la seguridad material del agricultor de subsistencia (*Idem*, 1981:6).

Ambas formas de intensificación, a las que podrían añadirse otras, como la explotación de productos secundarios de la ganadería, por ejemplo, “podrían estar fomentadas sin ninguna ayuda gerencial por los productores directos, y todas aumentan o estabilizan la producción agrícola, pero además todas hacen aumentar los gastos fijos de la producción (*Idem*, 1987b:33).

Por ello, su introducción habría ido transformando poco a poco las relaciones de producción, ya que, una vez iniciada la recuperación de beneficios, éstos habrían sido codiciados también por otros grupos, lo que significa necesidad de protección. Por la misma causa, se frenaría la fisión de la población, resultando así difícil contener las aspiraciones de aquellos a quienes se confirió la defensa, que se irán convirtiendo paulatinamente en una clase dirigente (*Ibidem*:7). Por fin, el potencial para la expansión de los sistemas hidráulicos habría permitido a estas élites expandir y consolidar su poder, obligando a sus súbditos a aumentar la productividad agrícola (*Idem*, 1987a:28). Así, se habría llegado a las jefaturas argáricas.

La argumentación de Gilman resulta perfectamente aceptable en líneas generales. Sin embargo, cabría señalar que:

1) Al igual que Chapman, basa toda su explicación en la existencia de condiciones ambientales semejantes a las actuales (*Idem*, 1976:313; 1987:28). Los escasos cambios advertibles serían atribuibles únicamente a la desaparición, por deforestación, de la vegetación entonces existente, que sería exactamente la misma que la climax actual (Gilman y Thornes, 1985:12-13). A mi juicio, los efectos de la deforestación que ellos reconocen habrían sido de mucha mayor trascendencia de la que suponen (Hernando, 1987a:503-512).

2) En opinión del autor, “la permanencia y riqueza de los yacimientos almerienses y argáricos sugieren que sus habitantes triunfaron sobre el problema de la aridez” (Gilman, 1976:313-314). Sin embargo, posteriormente apunta, para desestimar la presión demográfica como variable significativa en el proceso, que la fertilidad de la zona no habría sido tan rígida como para obligar a la gente a luchar por las zonas irrigadas (*Ibidem*: 314). Por ello, las intensificaciones económicas señaladas habrían sido el producto más de la tendencia natural de los campesinos a estabilizar y asegurar la producción, que de presiones exteriores:

- a) Parece advertirse contradicción entre las dos primeras apreciaciones.
- b) Si no existe presión exterior, el proceso descansa entonces sobre tendencias o preferencias o inclinaciones personales de los granjeros, lo que teóricamente supone una vuelta al idealismo que él mismo critica (*Idem*, 1976:311).
- c) Parece depositar una confianza casi determinista en la capacidad de transformación social de la tecnología, lo que recuerda al materialismo cultural, con el que tampoco coincide.

2.3. Conclusión

Los modelos basados en la concepción integrada de la cultura contemplan el proceso cultural del Calcolítico del Sureste español desde una perspectiva global, al asumir la interrelación y jerarquización de todos los factores culturales. Su desarrollo no sólo ha introducido en la investigación española nuevas alternativas interpretativas, sino que ha influido claramente sobre el trabajo de los investigadores más tradicionales:

1. Ya no se concede la importancia crucial que antes se daba a la metalurgia como actividad prioritaria, clave para comprender este período cultural —su propio nombre, Calcolítico, subrayaba de manera evidente esta asunción—.
2. La economía comienza a ser tenida en cuenta en los estudios prehistóricos. En la investigación tradicional únicamente el utillaje se analizaba, extrapolando su significado al conjunto de la “tecnología”. Ahora son absolutamente generalizados los análisis de tipo económico en las excavaciones.
3. Se realizan en la actualidad estudios territoriales, de captación de recursos alrededor de los asentamientos, claro resultado del impacto de una de estas obras de autores extranjeros (Gilman y Thornes, 1985).

Los esquemas de trabajo, en fin, se han visto modificados por su influencia, aunque no cabe decir lo mismo de los fundamentos teóricos sobre los que la mayoría de los investigadores españoles sigue asentando su investigación.

Los planteamientos realizados por los autores anglosajones han sido diversos. Renfrew, Chapman y Mathers han elaborado sus hipótesis desde presupuestos funcionalistas, y Gilman desde el materialismo dialéctico. Sin embargo, todos coinciden en la asunción de una premisa de estudio: las condiciones ambientales del Sureste no se han visto significativamente transformadas entre el Calcolítico y la actualidad, por lo que puede proyectarse al pasado la actual diferenciación entre la zona árida y la húmeda del Sureste. En consecuencia, para todos ellos, la necesidad de intensificación económica a que conduciría la aridez será la principal causa del desarrollo cultural de la zona, constituyendo el agua un elemento crucial para la subsistencia en la árida.

A mi juicio, no puede sostenerse una paralelización tan estricta de las condiciones ambientales entre el Calcolítico y la actualidad. Puede defenderse que el régimen climático general no ha cambiado, dada la configuración orográfica de la zona y el patrón de circulación atmosférica general que lo determinan. Pero ello no demuestra que el medio no se haya transformado significativamente. Factores fundamentalmente antrópicos, como la deforestación, pueden haber tenido un efecto de muchas más amplias consecuencias que las hasta ahora consideradas. Además los datos faunísticos, paleobotánicos, etc., confirman efectivamente no un cambio de clima, pero sí uno ecológico (Hernando, 1987a:cap. II).

Por otra parte, aunque el registro arqueológico de los poblados no indica discontinuidades apreciables entre la zona árida y húmeda del Sureste (*Idem*, 1987b), los datos económicos muestran una diferencia notable entre ambas áreas: en la árida la disponibilidad de tierra arable es menor, independientemente del tipo de estrategia agrícola requerida para su explotación —secano o regadío—. En consecuencia, el surgimiento de una diferenciación

social en la zona árida del Sureste español no habría obedecido a la necesidad de introducir la irrigación para asegurar la subsistencia de sus pobladores, dada la aridez ambiental, como mantienen de una u otra forma tales autores, sino a la necesidad de intensificar la producción, indistintamente en suelos de secano o de regadío, para alimentar a una misma densidad de población que en la zona húmeda con menos cantidad de suelo arable (Hernando y Vicent, en prensa).

No obstante, y a pesar de esta discrepancia con sus argumentaciones, sin duda sus obras han supuesto una capital aportación al estudio del Calcolítico peninsular, ofreciendo propuestas realmente atrayentes en muchos casos.

Entre los investigadores españoles, sólo A. Ramos Millán ha interpretado el Calcolítico del Sureste español desde estas posiciones, aunque insisto en reseñar también las obras de V. Lull y F. Nocete, centradas en otros umbrales cronológicos o geográficos (12).

La concepción integrada de la cultura permite pues, retomar la cuestión del Calcolítico del Sureste desde nuevas bases. Las posibilidades de estudio que abre ante nosotros no radican sólo en la capacidad de desarrollar hipótesis científicamente coherentes, sino también en el hecho de que son susceptibles de confirmación o refutación, por lo que sirven de orientación a la investigación arqueológica concreta. Creo que es un buen camino para conseguir resultados sólidos y científicos en el conocimiento de las culturas prehistóricas.

Sin embargo, ha surgido aún una última tendencia teórica en nuestra disciplina, que intenta conjugar eclécticamente la concepción idealista y la integrada de la cultura. Por esta causa, no ha sido incluida en ninguno de los apartados reservados a cada una de ellas.

Esta corriente de estudio está integrada por prehistoriadores británicos, quienes justifican ampliamente su opción teórica, derivada del fracaso explicativo que, a su juicio, merecen los modelos materialistas y funcionalistas por un lado, y los basados en concepciones idealistas de la cultura, por otro. Desde tales presupuestos, S. Shennan ha elaborado una nueva interpretación del Calcolítico del Sureste. Creo de interés por ello, exponer previamente los principios teóricos en los que está basada, y que no son otros que los de la llamada "Arqueología Simbólica y Estructural", una de las tendencias de la Arqueología Radical, también llamada "post-procesual" o "post-moderna".

3. *LA "ARQUEOLOGIA RADICAL"*

3.1. Presupuestos teóricos

La "Arqueología Simbólica y estructural" (A.S. y E.) es una de las corrientes que integran lo que Preucel y Earle (1986) han denominado "Arqueología Radical", que, inevitable-

(12) Debo subrayar también la aportación que, a mi juicio, supone la tesis doctoral de M.^a I. Martínez Navarrete, de próxima publicación (v. Bibliografía), para la clarificación de presupuestos teóricos y la estructuración formal de la investigación prehistórica.

mente, ha recibido también críticas diversas (v. por ej., Kohl, 1985:111-112; Preucel y Earle, 1986:3-4; o Gilman, 1987b:57-61). Surge como respuesta al fracaso de la arqueología procesual, y sobre todo de la Nueva Arqueología, en la consideración de la importancia del individuo, la ideología y la Historia en la creación del registro arqueológico (Preucel y Earle, 1986:1). Sus orígenes pueden ligarse a la antropología simbólica y estructural, marxista y a la sociología. Constituye una reacción a los principios sistémicos y positivistas de la Nueva Arqueología, y no se materializa en un único programa de investigación, sino que acoge enfoques muy dispares que comparten un interés común “en la comprensión de la cultura material a través de la construcción de analogías estructurales significativas, y en el rechazo del conocimiento positivista”. Entre los diversos enfoques, los más influyentes han sido las ramas estructural (A.S. y E.) y marxistas (neo-marxismo) (*Ibidem*).

Sin embargo, no siempre están claramente definidas ambas tendencias. I. Hodder por ejemplo, representante máximo de la A.S. y E., demuestra la convicción de que su modelo arranca de los presupuestos marxistas de los últimos escritos de Childe (Hodder, 1982:12-13), en los que éste incitaba a los prehistoriadores a tratar los materiales arqueológicos “siempre y exclusivamente como expresiones y manifestaciones concretas de los pensamientos e ideas humanos” (Childe, 1956:1, cit. por Kohl, 1985:110). Por tanto, no puede señalarse una división tajante entre las diversas perspectivas de la arqueología radical, sino que debe definirse ésta como una tendencia abierta susceptible de matizaciones individuales. Sus integrantes pueden calificarse así de “marxistas estructurales” (Preucel y Earle, 1986:3).

Los arqueólogos radicales defienden que su modelo supera las deficiencias teóricas demostradas por el positivismo por un lado, y por los diferentes modelos teóricos, fundamentalmente el marxista clásico, el funcionalista y el estructuralista, por otro. Así, del positivismo rechazan su pretensión de alcanzar la objetividad científica en Arqueología. A su juicio, “los datos arqueológicos son interpretaciones dadas basadas en nociones actuales que influyen ellas mismas en la teoría que debe ser probada. Por consiguiente, no puede haber independencia entre teoría y datos, y consecuentemente, no hay posibilidad de verificación” (*Ibidem*: 2). Por ello, el enfoque radical “no espera una prueba de certeza; acepta las interpretaciones como algo siempre provisional, aproximado y parcialmente subjetivo” (Hodder, 1987:19).

Además, consideran que en un nivel teórico, la arqueología procesual en general, ha concedido poca importancia en sus explicaciones a las fuerzas internas de transformación, como pueden ser las contradicciones sociales y los conflictos o la intencionalidad individual, otorgando un peso excesivo al mecanicismo (ambiental o demográfico) cultural (*Ibidem*: 12; Preucel y Earle, 1986:2-3). Por último, los arqueólogos radicales juzgan imposible reconocer qué modelo de explicación es correcto si no se atiende a los contextos culturales particulares (Preucel y Earle, 1986:3), ya que “la acción humana puede concebirse como una implicación entre juicio e intencionalidad por el hecho de conectar reglas generales a contextos particulares. Resulta así inadecuado que los arqueólogos equiparen la explicación a la identificación de reglas generales. La interpretación del pasado debe implicar también el intento de recuperar la creatividad de las acciones sociales” (Hodder, 1987:25).

La crítica al marxismo viene dada, fundamentalmente, por el tratamiento que éste concede a la ideología. A juicio de los arqueólogos radicales, los marxistas clásicos asumen tácitamente que ésta es compartida por todos los miembros de una sociedad, son insensibles a

la especificidad de las expresiones ideológicas y no se interesan por la génesis de las ideologías y su repercusión en la sociedad (Kohl, 1985:109).

Como resultado de estos puntos de crítica, surgen los neo-marxistas que, compartiendo con los clásicos la convicción del carácter dialéctico, conflictivo de los procesos históricos, enfatizan sin embargo la importancia de la ideología como elemento central (Miller y Tilley, 1984:4).

Por último, rechazan del estructuralismo clásico la “ausencia de una teoría de la práctica”, la separación que demuestra entre forma y función práctica, y por tanto su incapacidad para explicar la generación de estructuras en la acción social. De esta forma, las estructuras, al ser principios organizativos, no son observables y su conocimiento sólo puede alcanzarse mediante abstracción reflexiva. Ello significa que no pueden ser refutadas, lo que evidentemente anula el valor científico del modelo (Hodder, 1982:8).

Hodder considera que aunque la Nueva Arqueología surgió como reacción al idealismo vigente en la investigación tradicional, no supo superar las deficiencias en el tratamiento del significado simbólico, al que siguió acudiendo de forma acrítica para explicar determinados rasgos culturales —objetos de “prestigio”, enterramientos de “alto rango”, etc.— (1987:16). Por tanto, el interés por lo simbólico, lo individual, lo mental, no es nuevo a su juicio: siempre ha existido (*Ibidem*). El problema es que no se le ha sabido dar el tratamiento adecuado, ya que para ello es necesario introducir “un concepto diferente de ciencia” del vigente hasta ahora (*Ibidem*: 13). Al necesitar éste “medidas y correlaciones precisas destinadas a obtener una evidencia objetiva en favor o en contra de determinada teoría”, ponía el énfasis “en la cuantificación de los elementos observables y en la diferenciación entre hechos y teoría. Dentro de este marco positivista, por tanto, es difícil aceptar que la interpretación del significado simbólico sea científica y rigurosa”. Pero se propone demostrar que “la interpretación arqueológica de la mente es posible dentro de un concepto diferente de ciencia” (*Ibidem*: 12-13).

El objetivo de Hodder es, pues, superar todas esas limitaciones y “desarrollar una arqueología contextual que resuelva la dicotomía evidente entre funcionalismo y estructuralismo, entre norma cultural y adaptación social” (*Idem*, 1982:8). Para ello, el punto básico de arranque es la aceptación de que “el símbolo no es arbitrario”, sino que su contenido afecta a su uso, y a su vez, su uso y asociaciones afectan a su significado. En consecuencia, el contexto del símbolo adquiere enorme importancia (*Ibidem*: 9-10) y “debido a que el significado es parcialmente contextual, está claro que no puede ser compartido normativamente por la sociedad” (*Idem*, 1987:18).

Sobre estos principios radicales, Shennan realiza una nueva interpretación del Calcolítico del Sureste español.

3.2. El Calcolítico del Sureste español interpretado desde la Arqueología Radical: S. Shennan

Shennan centra su atención en el estudio del proceso de jerarquización social perceptible en el registro arqueológico y fundamentalmente en los enterramientos del Calcolítico y Bronce Antiguo de Europa Central y Occidental. En ésta última, individualiza las tres áreas

que han sido objeto de mayores discusiones sobre el tema: Wessex, el Sureste español y Bretaña.

El autor reconoce que la aparición de artefactos de bronce y de enterramientos con ajuares espectaculares ha dado pie a pensar que entre el Neolítico y la Edad del Bronce se produjo un "aumento de la diferenciación social asociado con el control de los recursos de metal y de su intercambio" (Shennan, 1982:155). Pero, a su juicio, tanto el modelo difusionista desarrollado por Childe, como el evolucionista iniciado por Renfrew son inadecuados para la explicación de tal fenómeno (*Ibidem*). Para la comprensión del proceso debe asignarse un papel clave a la ideología. Podría resumirse su propuesta del siguiente modo: "lo que vemos es una convergencia de trayectorias locales y una interacción entre ellas basada en la influencia de una ideología muy difundida y en las subsecuentes interacciones de las élites" (*Ibidem*: 160).

La base neo-marxista se mantiene a lo largo de todo el desarrollo argumental. Así, por ejemplo, considera punto de partida del estudio el análisis del modo en que las estructuras de significación se movilizan para legitimar los intereses particulares de grupos dominantes, lo que en último término remite a la necesidad de relacionar e investigar las contradicciones entre el poder ideológico, político y económico (*Ibidem*: 155-156).

Al estudiar el caso del Sureste español, reproduce las observaciones e interpretaciones de Gilman, en el sentido de que, aunque en el Calcolítico era ya evidente la diferenciación social, se mantenía aún el ritual colectivo de enterramiento, propio del Neolítico. Los cambios introducidos en las estrategias de subsistencia derivaron en una distribución del poder progresivamente desigual, incompatible con las previas formas de ritual, que en consecuencia, hubo de ser sustituido por enterramientos individuales ricamente provistos (Gilman, 1976:317).

Sin embargo, a diferencia de Gilman, Shennan (1982:157) piensa que las transformaciones apreciables en el registro material del contexto funerario en el paso Calcolítico/Edad del Bronce, no señalan un aumento de la diferenciación social, sino más bien una "puesta al día" del ritual como consecuencia de los cambios sociales previos. No sólo en el Sureste español, sino en toda Europa occidental —Wessex y Bretaña, por ej.— habría tenido lugar un largo proceso de disociación entre desigualdad social y ritual de enterramiento colectivo, como demuestra la aparición de ciertos rasgos diferenciadores en los ajuares de esas tumbas. Sin embargo, hasta la Edad del Bronce, la ideología prevalente no se había transformado respecto a épocas anteriores. Para acoger la nueva situación real de desigualdad, estas ideologías pueden haber variado entre las que intentaran disfrazar la jerarquía, hasta las que intentaran presentarla como "dada por Dios". Sin duda, ésta habría sido más satisfactoria para la élite puesto que frenaría la insubordinación de los sometidos en tiempos de crisis. Pero a cambio, la posición de los individuos poderosos es dependiente de la actividad colectiva de la comunidad. Manifestaciones claras de tal situación serían las grandes construcciones monumentales del Neolítico Final en toda Europa Occidental (*Ibidem*:158).

A principios de la Edad del Bronce se habría producido un cambio en la ideología, legitimadora ahora de las élites desde hace tiempo existentes. Por tanto, el mantenimiento del poder y rango de las élites no dependía ya de la comunidad, sino únicamente de sus propios esfuerzos por conseguirlos. En consecuencia, los rituales de la nueva ideología cambian, y de las grandes construcciones colectivas se pasa al consumo de elementos de prestigio con-

seguidos a través de actividades artesanales especializadas o de contactos a larga distancia con otras élites (*Ibidem*).

Ahora, la pregunta es: ¿de dónde surge esa nueva ideología? Para dar respuesta a este punto, Shennan examina la situación vivida en el mismo período —Neolítico Final/Edad del Bronce— en Europa Central, y concluye que “mientras las áreas de Europa Occidental (...) se caracterizaban por una marcada diferenciación social y una ideología que implicaba el consumo colectivo de un excedente, la jerarquía estaba relativamente poco desarrollada en Europa Central en la misma época, aunque se expresaban diferencias inter-individuales a través de los ajuares de las tumbas” (*Ibidem*: 157). Estas diferencias contendrían el “potencial para el desarrollo como parte de una ideología de élite más explícita y segura que las formas colectivas locales” de Europa Occidental “no poseían” (*Ibidem*: 158). Por ello, la jerarquización que se advierte en Europa Central al final del Bronce Antiguo —ricos ajuares con sofisticados elementos artesanales y de comercio a larga distancia— estaría asociada con una ideología legitimadora que no sería sino evolución de aquella del Neolítico Final (*Ibidem*).

Shennan defiende que el aumento de la diferenciación social en Centroeuropa tuvo que estar relacionado con las posibilidades que la explotación metalúrgica ofrecía para la generación y control de un excedente (*Ibidem*: 159), aunque no puede explicar las razones por las que se introdujo la metalurgia (*Ibidem*:160).

El resultado del proceso centroeuropeo es el mismo que el descrito para Europa Occidental: el prestigio y el rango están ahora representados en objetos, lo que significa que adquieren un poder intrínseco y que pueden utilizarse para crear una posición. Por consiguiente, la actividad artesanal, el comercio a larga distancia y la rivalidad intra-élite se habrían visto igualmente estimulados.

Desde Centroeuropa esta nueva ideología se habría difundido rápidamente a Europa Occidental, dada su perfecta adecuación al problema dialéctico en el que ésta vivía, por lo que no es “la cuestión del contacto, sino de las razones estructurales para la adopción lo que es importante” (*Ibidem*:159). Sin duda, habrían servido de estímulo la aparición del conjunto campaniforme (*Ibidem*:158), la metalurgia y la tecnología asociada (*Ibidem*:159). De esta manera, y a través de procesos absolutamente diferentes, se llegó a un mismo resultado en Europa Central y Occidental.

En ambas, “el poder es ahora definido ideológicamente como dependiente de la capacidad de obtener suministros de materiales y objetos exóticos, y la competición intra-élite derivó en un énfasis en la búsqueda activa de contactos distantes”, por lo que poco a poco se irían incorporando al proceso áreas que inicialmente no tomaron parte en él.

Tras la exposición de la hipótesis, cabría realizar algunas observaciones: Shennan se limita a constatar, pero no justifica, la diferenciación de los procesos que tuvieron lugar en cada una de ellas.

En la primera, asume las propuestas de Gilman (1976) referentes al origen de la desigualdad social en el Sureste español, pero éstas se apoyan en una aridez del medio que no parece aplicable a los casos de Bretaña y Wessex, cuyos procesos culturales quedan sin explicar.

En la segunda, Centroeuropa, no se justifica la causa de las diferencias interindividuales apreciables en el Neolítico Final, ni su progresiva intensificación hasta la jerarquización

del Bronce Antiguo. El mismo se reconoce incapaz de explicar la introducción de la metalurgia y sus implicaciones socio-económicas concretas. Además, debe recordarse que los demás autores, y Gilman (1976:313) en particular, adjudicaban a la metalurgia más una función de refuerzo de las élites que de causa de su aparición.

Todos esos aspectos son obviados conscientemente, creo, por el autor, ya que su objetivo es demostrar que la ideología es una "fuerza activa" (Shennan, 1982:156), por lo que se centra en demostrar su actuación en situaciones dadas. Pero ello hace que la ideología funcione en su esquema como una variable independiente, cuya conexión con la sociedad y la economía queda sin explicar, y que por sí misma evoluciona hacia formas más complejas sin justificación aparente. En realidad, lo que Shennan propone no es un proceso dialéctico, sino casi un mecanicismo en el que el factor determinante de la evolución histórica es siempre la ideología, difundida además según unos patrones semejantes a los del modelo que denominé "difusionista no colonial". En general, además, sus hipótesis son incontrastables en su formulación actual.

3.3. Conclusión

El problema que, a mi juicio, puede advertirse en este nuevo enfoque es, principalmente, que se limita a sugerir las ventajas que reportaría un nuevo concepto de ciencia (Hodder, 1987:13), pero que mantiene la utilización del concepto tradicional. Shennan, por ejemplo, hace buen uso del método hipotético-deductivo para la explicación del proceso de cambio cultural del Calcolítico del Sureste. Se sirve de los datos arqueológicos para confirmarse en su interpretación particular: la diferencia de tipos de contextos funerarios entre Centroeuropa y Europa Occidental es prueba de la diferencia de ideologías entre ambas zonas. Por otro lado, adopta gran parte de las propuestas de Gilman. No está utilizando otro concepto de ciencia. Y desde el actual, resulta cuestionable el grado de libertad e impunidad interpretativa con que la Arqueología Radical aborda el estudio de los rasgos superestructurales.

Ciertamente deben admitirse los excesos a que llegó el positivismo y la imposibilidad de identificar Ciencias Naturales y Ciencias Sociales, puesto que en éstas entran en juego los individuos, y por tanto, las voluntades, intereses y gustos particulares. No creo que nadie niegue la influencia de lo individual en los procesos históricos. La cuestión, como bien señala Gilman (1988:59), es "hasta qué punto ese nivel de causación es accesible a los prehistoriadores, cuyas fuentes son los restos arqueológicos".

Por muchas razones, parece imposible una reconstrucción exacta del pasado. Sólo podemos hacer aproximaciones más o menos acertadas a los fenómenos socio-culturales que tuvieron lugar. En este punto es necesario decidir nuestra posición: ¿creemos que la dinámica histórica está dirigida en general por intereses individuales, aislados e imprevisibles o, a pesar de aceptar que esos existen, consideramos que se manifiestan tendencias generales, susceptibles de ser estudiadas, en la Historia? Si se adopta la segunda alternativa, deben exponerse las bases en las que fundamentamos nuestra lectura del pasado y establecer y defender unos puntos concretos de referencia. Como bien dice Kohl (1985:111), el relativismo de Hodder y sus discípulos "amenaza introducir el caos en el archivo laboriosamente reuni-

do de la 'evolución cultural como un proceso racional e inteligible' que para Childe hacía merecer la pena toda iniciativa arqueológica".

Personalmente, prefiero pensar, con Sullivan (1978:185) que "el pasado puede ser inobservable, pero eso no significa que sea incognoscible" en líneas generales, que aceptar, con Hodder (1984:27) que "en el fondo, las declaraciones sobre el pasado se refieren a lo inobservable y son inverificables". Kohl (1985:112) consideraba peligrosa esta agnóstica afirmación que conducía, a su juicio, a una anarquía disciplinar "donde cualquier interpretación del pasado es tan válida como cualquier otra".

En mi opinión, quizás otro concepto de ciencia supliera algunas deficiencias de la investigación actual, pero en su espera, las interpretaciones basadas en una concepción integrada de la cultura son más sólidas que otras cualquiera. Creo, con Gilman (1988:61), que tienen en cuenta "las particularidades de secuencias individuales sin dejar de lado la posibilidad de comparar unas con otras" y que, de acuerdo con ello, han ofrecido las propuestas más interesantes para la interpretación del Calcolítico del Sureste español (13).

BIBLIOGRAFIA

- ALCINA FRANCH, J. (1975): *En torno a la Antropología Cultural*. Ed. José Porrúa Turanzas. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.^a J. (1973): *El poblado y la necrópolis de El Barranquete (Almería)*, Acta Arq. Hisp. VI. Madrid.
- ARRIBAS PALAU, A. (1967): "La Edad del Bronce en la Península Ibérica". *Las Raíces de España*. I.E.A.A., Madrid. pp. 85-108.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1984): "Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica". *Francisco Jordá Oblata. Scripta Praehistorica*. Salamanca. pp. 63-112.
- BLANCE, B. (1961): "Early Bronze Age colonists in Iberia". *Antiquity* XXXV. pp. 192-202.
- BOSCH GIMPERA, P. (1922): "Ensayo de una reconstrucción de la Etnología Prehistórica de la Península Ibérica", *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander.
- (1928): "O neo-eneolítico na Europa Occidental e o problema de sua cronología". *Trabalhos da Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia* III, fasc. IV. pp. 5-16.
- (1932): *Etnología de la Península Ibérica*. Ed. Alpha. Barcelona.
- (1944): *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*. Prensa Universitaria, México.
- (1954): "La Cultura de las Cuevas en Africa, España y sus relaciones". *I Congreso Arqueológico del Marruecos Español*. pp. 139-153.
- (1966): "Cultura megalítica portuguesa y Culturas españolas". *Rev. Guimarães* LXXVI. pp. 249-306.
- (1969): "La Cultura de Almería". *Pyrenae* 5. pp. 48-93.
- (1975): *Prehistoria de Europa*. Ed. Istmo, Madrid.
- CHAPMAN, R. W. (1975): *Economy and Society within Later Prehistoric Iberia: a new framework*. Tesis doctoral. Inédita. Universidad de Cambridge.
- (1981a): "Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el Sureste de España". *Cuad. Preh. Gr.* 6. pp. 75-89.

(13) Deseo agradecer la ayuda que, en todo momento, recibí del Dr. Fernández-Miranda, director de la tesis. Para la elaboración del capítulo que sirve de base a este artículo me resultaron esenciales las orientaciones de J. M. Vicent García y la ayuda que siempre me prestó la Dra. M.^a I. Martínez Navarrete quien ha revisado, además, el presente texto. Desde aquí deseo hacerle pública mi más sincera gratitud.

- (1981b): "The emergence of formal disposal areas and the 'problem' of megalithic tombs in prehistoric Europe", en R. Chapman, J. Kinnes y K. Randsborg (Eds.): *The Archaeology of Death*, Cambridge University Press, pp. 71-84.
- (1982): "Autonomy, ranking and resources in Iberian prehistory", en C. Renfrew and S. Shennan (Eds.): *Ranking, resource and exchange. Aspects of the Archaeology of Early European Society*, Cambridge University Press, pp. 46-51.
- (1984): "Early metallurgy in Iberia and the Western Mediterranean", en W. H. Waldren, R. Chapman, J. Lewthwaite y R. C. Kennard (Eds.): *The Deya Conference of Prehistory. Early Settlement in the Western Mediterranean Islands and the Peripheral Areas*, B.A.R. International Series 229, pp. 1139-1161.
- (1985): "The Later Prehistory of Western Mediterranean Europe: Recent Advances", *Advances in World Archaeology* 4, pp. 115-187.
- (1987): "Megalitisme i Arqueologia: problemes, teoria i investigació", *Cota Zero* 3, pp. 93-102.
- CHILDE, V. G. (1956): *Society and knowledge*. George Allen and Unwin, London.
- CUADRADO RUIZ, J. (1947): "Almizaraque: la más antigua explotación de la plata en España", II C.A.S.E., Albacete, 1946, pp. 168-185.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1976): "Prehistoria", en A. Balil: *Nueva Historia de España en sus textos. Prehistoria y Edad Antigua*, Ed. Pico Sacro, Santiago de Compostela, pp. 25-133.
- EHRICH, R. W. (1961): "A Few Comments on Methodology and Terminology", *L'Europe á la fin de l'Age de la Pierre. Actes du Symposium consacré aux problemes du Neolithique Européen* (Praga, 1959), pp. 603-607.
- EIROA, J. J. (1986): "Aproximación a los modelos sociales de la Edad del Bronce en el Sureste", *Historia de Cartagena*, vol. 2, Ed. Mediterráneo, Murcia, pp. 355-404.
- FERNANDEZ-MIRANDA, M. (1985): "Relaciones mediterráneas entre el cuarto y el segundo milenio", *Ponencias. XVIII C.N.A.* (Islas Canarias, 1985), s.p.
- GILMAN, A. (1976): "Bronze Age dynamics in Southeast Spain", *Dialectical Anthropology* I, pp. 307-319.
- (1981): "The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe", *Current Anthropology* 22.1, pp. 1-23.
- (1987a): "Unequal development in Copper Age Iberia", en E. M. Brumfield y T. K. Earle (Eds.): *Specialization, exchange and complex societies*, Cambridge University Press, pp. 22-29.
- (1987b): "El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste", *Trab. Preh.* 44, pp. 27-34.
- (1988): "Enfoques teóricos en la arqueología de los ochenta", *Revista de Occidente* 81, 1988, pp. 47-61.
- GILMAN, A. y THORNES, J. B. (1985): *Land use and Prehistory in South-east Spain*, Allen and Unwin, London.
- GOSSE, G. y MANRIQUE, F. (1917): "Los fenicios explotadores de Iberia", *Estudio*, año V, t. XVIII, n.º 52, pp. 23-41.
- HARRIS, M. (1982): *El materialismo cultural*, Alianza Editorial, Madrid.
- (1985): *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, Siglo Veintiuno de España Ed., Madrid (5.ª Ed.).
- HAWKES, C. F. C. (1942): "Race, Prehistory and European Civilization", *Man* 73, pp. 125-130.
- HERNANDO GONZALO, A. (1987a): *Evolución interna y factores ambientales en la interpretación del Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica. Una revisión crítica*. Tesis doctoral, Univ. Complutense, Madrid (de próxima publicación en Ed. de la Univ. Complutense).
- (1987b): "¿Evolución cultural diferencial del Calcolítico entre las zonas áridas y húmedas del Sureste español?", *Trab. Preh.* 44, pp. 171-200.
- HERNANDO, A. y VICENT, J. (en prensa): "Una aproximación cualitativa al problema de la intensificación económica en el Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica", *Curso sobre el origen de la metalurgia en la Península Ibérica* (Oviedo, 3-7 Agosto 1988), Fundación Ortega y Gasset.
- HODDER, I. (1982): "Theoretical Archaeology: a reactionary view", en I. Hodder (Ed.): *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge University Press, pp. 1-16.
- (1984): "Archaeology in 1984", *Antiquity* 58, pp. 25-32.
- (1987): "La Arqueología en la era post-moderna", *Trab. Preh.* 44, pp. 11-26.
- ISAAC, G. L. (1971): "Whither archaeology?", *Antiquity* 45, 123-129.
- KALB, F. (1975): "Arquitectura de las colonias del Bronce I", *XIII C.N.A.* (Huelva, 1973), pp. 383-386.
- KOHL, P. L. (1981): "Materialist approaches in Prehistory", *Annual Review of Anthropology* 10, pp. 898-118.

- (1985): "Symbolic cognitive archaeology: a new loss of innocence", *Dialectical Anthropology* 9, pp. 105-117.
- KUHN, T. S. (1962): *The structure of Scientific Revolutions*, University of Chicago Press.
- LEISNER, G. y V. (1949): "Los monumentos megalíticos del mediodía de la Península Ibérica, según los resultados a que han llegado G. y V. Leisner", *Arch. Esp. Arq.* XXII, pp. 75-85, 195-206, 249-263 y 363-377.
- LEISNER, V. y SCHUBART, H. (1966): "Die kupferzeitliche Befestigung von Pedra do Ouro, Portugal", *M. M.* 7, pp. 9-60.
- LULL, V. (1983): *La "cultura" de El Argar. (Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)*, Akal Ed., Madrid.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1975): *Historia social y económica. La Prehistoria española*, Confederación española de Cajas de Ahorros, Madrid.
- MARTINEZ NAVARRETE, M.ª I. (1985a): *La Edad del Bronce en la Submeseta Sudoriental. Una revisión crítica*, Tesis doctoral, inédita, Universidad Complutense, Madrid (de próxima publicación en Ed. de la Univ. Complutense).
- (1985b): "La secuencia clásica de Los Millares: ¿obstáculo o ayuda para la investigación?", XVIII C.N.A. (Islas Canarias, 1985) (en prensa).
- MATHERS, C. (1984a): "Linear regression, inflation and prestige competition: 2nd millenium transformations in South East Spain", en W. H. Waldren, R. Chapman, J. Lewthwaite y R. C. Kennard (Eds.): *The Deya Conference of Prehistory. Early Settlement in the West Mediterranean Islands and the Peripheral Areas*, B.A.R. International Series 229 (IV), pp. 1167-1196.
- (1984b): "Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in South-east Spain", en T. F. C. Blagg, R. F. J. Jones y S. J. Keay (Eds.): *Papers in Iberian Archaeology*, B.A.R. International Series 193 (1), pp. 13-44.
- MILLER, D. y TILLEY, C. (1984): "Ideology, power and prehistory: and introduction", en Miller and Tilley (Eds.): *Ideology, power and prehistory*, Cambridge University Press, pp. 1-15.
- MUÑOZ AMILIBIA, A. M.ª (1969): "La Civilización pretartésica andaluza durante la Edad del Bronce", V *Symp. Preh. Pen.* (Jerez, 1968), pp. 33-45.
- (1983a): "La Edad del Bronce en el Sureste de España", *Programas y Ponencias. XVI C.N.A.* (Murcia-Cartagena, 1982), pp. 11-27.
- (1983b): "Poblado eneolítico del tipo 'Los Millares' en Murcia, España", *Programas y ponencias. XVI C.N.A.* (Murcia-Cartagena, 1982), pp. 71-75.
- (1986a): "Reflexiones sobre metodología arqueológica", *Jornadas sobre metodología arqueológica*, (Murcia 29 Sept-4 Oct. 1986), Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.
- (1986b): "El eneolítico en el Sureste", *Historia de Cartagena*, vol. 2, Ed. Mediterráneo, Murcia, pp. 143-162.
- NEUSTUPNY, E. (1971): "Whither archaeology?", *Antiquity* 45, pp. 34-39.
- NOCETE CALVO, F. (1986): "Una Historia agraria: el proceso de consolidación de la Economía de Producción (Perspectivas en la investigación de las Edades del Cobre y Bronce en el Alto Guadalquivir)", en A. Ruiz, M. Molinos y F. Hornos: *Arqueología en Jaén (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*, Diputación Provincial de Jaén, pp. 91-105.
- PELLICER CATALAN, M. (1986): "Calcolítico", *Historia de España, vol. I: Prehistoria*, Ed. Gredos, Madrid, pp. 207-264.
- PREUCEL, R. W. y EARLE, T. K. (1986): "Processual Archaeology and the Radical Critique", paper presented at the *World Archaeological Congress* (Southampton, England, September 5, 1986).
- RAMOS MILLAN, A. (1981): "Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural", *Cuad. Preh. Gr.* 6, pp. 203-256.
- RENFREW, C. (1967): "Colonialism and Megalithism", *Antiquity* XLI, pp. 276-288.
- (1973): *Before Civilization, the Radiocarbon Revolution and European Prehistory*, Penguin Books, London.
- (1978): "The anatomy of innovation", en D. Green, C. Haselgrove y M. Spriggs (Eds.): *Social Organisation and Settlement*, B.A.R. International Series 47, Oxford, pp. 89-117.
- SAHLINS, M. (1977): *Economía de la Edad de Piedra*, Akal Ed., Madrid.
- SANGMEISTER, E. (1964): "Die Bronzezeit im Westmittler", *Saeculum-Weltgeschichte*, pp. 551 ss.
- SAVORY, H. N. (1968): *Spain and Portugal. The Prehistory of the Iberian Peninsula*, Thames and Hudson, London.
- SCHULE, W. (1968): "Unos aspectos económicos de las influencias orientales en el Mediterráneo occidental", Comunicaciones a la I reunión de la historia de la economía antigua de la Península Ibérica, *P.L.A.V.* 5, pp. 31-39.

- (1980): *Orce und Galera: Zwei Siedlungen aus dem 3 bis 1 Jahrtausend v. Chr. im Südosten der Iberischen Halbinsel. I: übersicht über die Ausgrabungen 1962-1970*. Verlag Phillipp von Zabern, Mainz am Rhein.
- (1986): "El Cerro de la Virgen de la Cabeza, Orce-Granada. Consideraciones sobre su marco ecológico y cultural", *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)* (Cuevas de Almanzora, Junio de 1984), Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, pp. 208-220.
- SHENNAN, S. (1982): "Ideology, change and the European early Bronze Age", en I. Hodder (Ed.): *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge University Press, pp. 155-161.
- SIRET, L. (1907): *Villaricos y Herrerías, antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*. Mem. R.A.H. XIV, Madrid.
- (1913): *Questions de chronologie et de ethnographie iberiques. T. I: De la fin du quaternaire a la fin du Bronze*, Paul Geuthner, Paris.
- (1948): "El tell de Almizaraque y sus problemas". *Cuad. Hist. Prim.* 2, pp. 117-124.
- SULLIVAN, A. P. (1978): "Inference and evidence in Archaeology: a discussion of the conceptual problems", en Schiffer (Ed.): *Advances in Archaeological Method and Theory* I, pp. 183-222.
- TOPP, C. (1959): "Some Possible Balkan and Danubian influences in Southern and Eastern Spain", *Arch. Preh. Lev.* VIII, pp. 115-125.
- VAZ PINTO, C. y PARREIRA, R. (1979): "Acerca do conceito de 'colonia' no Calcolítico da Estremadura". *Actas da Primeira Mesa-Redonda sobre o Neolítico e o Calcolítico em Portugal* (Porto, abril 1978), Trab. G.E.A.P., Porto, pp. 135-145.
- VICENT GARCIA, J. M. (1982): "Las tendencias metodológicas en Prehistoria", *Trab. Preh.* 39, pp. 9-53.
- (1985a): "Un concepto de Metodología: hacia una definición epistemológica diferencial de Prehistoria y Arqueología". *Actas de las Segundas Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia* (Cáceres, diciembre, 1981), Universidad de Extremadura, pp. 55-72.
- (1985b): *Bases teórico-metodológicas para el estudio del comienzo de la producción de alimentos*. Memoria de Licenciatura, inédita, Universidad Autónoma de Madrid.
- (1988): "El origen de la economía productora. Breve introducción a la Historia de las Ideas", en P. López (Coord.): *El Neolítico en España*, Ed. Cátedra, Madrid, pp. 11-58.
- WARTOFSKY, M. W. (1978): *Introducción a la filosofía de la ciencia*, Alianza Editorial, Madrid (3.ª ed.).
- WESTEN, D. (1984): "Cultural materialism: food for thought or bum steer?", *Current Anthropology* 25:5, pp. 639-645.